

## 1.ª EPÍSTOLA A LOS CORINTIOS

### Introducción

La Epístola a los Corintios presenta muchos temas diferentes de aquellos que nos mantuvieron ocupados anteriormente en Romanos. Hallamos en esta epístola los detalles morales y el funcionamiento interno de una asamblea, para los que el Espíritu de Dios exhibe su sabiduría. De ancianos u otros funcionarios dentro de ella no se hace ninguna mención. Gracias a las labores del apóstol, se había formado una comunidad numerosa —pues Dios tenía mucho pueblo en esa ciudad— en medio de una población muy corrupta donde las riquezas y el lujo acompañaban un proverbial desorden moral.

Como era común en todas partes, los falsos maestros (en general judíos) querían minar la autoridad del apóstol. El espíritu filosófico no se quedó corto a la hora de hacer notar su ruinosa influencia, aunque Corinto no fuera como Atenas, el foco de estas enseñanzas. La moralidad y la autoridad del apóstol estaban comprometidas, y el estado de cosas allí era de lo más crítico. La epístola se escribió desde Éfeso, donde le habían llegado noticias sobre el triste estado en que se encontraba el rebaño en Corinto, precisamente cuando él se disponía a visitarlos pasando directamente por Macedonia, sin bordear la costa de Asia Menor, como hizo antes, y así poder llegar hasta ellos por segunda vez. Las noticias le frustraron los planes, y no pudiendo derramar personalmente con ellos su corazón les escribe esta carta. La segunda epístola la escribió desde Macedonia, cuando Tito le informó de la buena acogida que tuvo la primera.

Las cuestiones dirimidas en esta primera carta se dividen fácilmente en un orden natural. En primer lugar, antes que incriminarlos, el apóstol reconoce la gracia con que Dios ha colmado y seguirá colmando a los cristianos en Corinto, a quienes está escribiendo (cp 1:1-9). Del versículo 10 al capítulo 4:21, se habla de otros temas dentro de la división del libro, como la escuela de doctrina y la sabiduría humana contrastadas con la revelación y sabiduría divinas. En el capítulo 5, vemos la corrupción moral y la disciplina, sea esta ejercida en poder o en responsabilidad por parte de la asamblea. En el capítulo 6 se tratan los asuntos temporales y los pleitos, así como la cuestión de la fornicación, de suma importancia para los cristianos de esta ciudad. El capítulo 7 considera el matrimonio con preguntas como ¿deberíamos casarnos? Se estipulan las obligaciones de los ya casados, y el caso de un marido o una esposa convertidos cuyos respectivos cónyuges no lo estaban. El octavo trata de los alimentos ofrecidos a los ídolos. El siguiente toca el discipulado del apóstol. En el décimo se habla generalmente de la condición de los corintios, del peligro que corren de ser seducidos por la fornicación, la idolatría o las celebraciones en nombre de los ídolos, así como de los principios referidos a este tipo de cosas y que hacen una introducción de la cena del Señor. En el undécimo capítulo se describen aquellas cuestiones relacionadas con su actitud frente a materia religiosa, a nivel individual o en la asamblea. Más adelante, el capítulo 12 nos ofrece el ejercicio de estos dones, su valor verdadero, el fin de ser utilizados, y nos amplía el valor comparativo de la caridad; hacia el final del capítulo 14 encontramos el mandamiento de ejercer estos dones, con los que se compara el don de la caridad. En el capítulo 15 está la resurrección, la que negaban algunos, principalmente la de los santos. Después tenemos la colecta para los pobres en Judea, junto con algunos saludos y los principios de sometimiento al servicio para aquellos que Dios ha llamado a que ejerzan su don cuando no existan ancianos. Es muy importante poseer estas enseñanzas directas del Señor, e independientes de una organización formal, de manera que la conciencia de cada cual y la del conjunto del cuerpo puedan ocuparse en ellas. Hay, sin embargo, otras consideraciones en cuanto al carácter y estructura de la epístola que no debo pasar por alto.

Observará el lector una diferencia en la forma de saludo a los corintios de la que se da a los efesios. A los corintios se dirige el apóstol como «la iglesia de Dios que está en Corinto... con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo». Habla de la iglesia profesante y asume que sus miembros son fieles, al menos en el carácter que presentan,

y con ellos los que tenían a Jesús como Señor. Es la casa, como bien nos describe el capítulo 10:1-5. En Efesios es «a los santos y fieles en Cristo Jesús», teniendo en cuenta los privilegios del cuerpo. Este carácter de la epístola, que engloba la iglesia profesante y reconoce la asamblea local como representante de aquella en su localidad, concede una gran importancia a la epístola. Veremos además, a la mitad del capítulo 10, la profesión externa de la asamblea, donde la naturaleza de la cena del Señor nos da una introducción del cuerpo de Cristo, del que se habla siempre en relación con los dones del Espíritu que vemos en el capítulo 12. La atracción que ejercen las actividades en las que se emplea la mujer se tratará en los primeros versículos del capítulo 11; a partir del versículo 17, lo que concierne a la reunión de la asamblea, y la cena del Señor con el gobierno de Dios. Los versículos 1 al 16 no se aplican a la iglesia, ya que de lo que nos hablan es del orden interno de la asamblea local. Del capítulo 1 al pasaje 10:14 se contempla a una multitud profesante y sincera, pero cabía la posibilidad de que no lo fueran. Del pasaje 10:15 al final del capítulo 12 se considera el cuerpo.

## Capítulo 1

Retrocederé ahora para retomar el hilo de la presentación de la epístola desde el comienzo. Pablo era un apóstol por voluntad divina. Esta era su autoridad, y no vamos a tener en cuenta aquí la de los demás. La voz que llamó a los corintios a ser cristianos es la misma que llamó a Pablo a ser apóstol. Le vemos dirigirse a la asamblea de Dios en Corinto con un carácter añadido: «santificados en Cristo Jesús». Esta es una aplicación en toda regla si consideramos el contenido de la epístola. Más adelante, la universalidad de la aplicación de la doctrina y las instrucciones de la carta, así como la de su autoridad sobre todos los cristianos sin excepción, se exponen en el tratamiento que hace el apóstol. El malestar que pudiera sentir por el estado en que se encontraban los corintios podía subsanarlo con el recuerdo de la gracia que Dios les había otorgado. Colocándolos en esta relación con Él, se reproducían en sus conciencias todos los efectos de la santidad divina y esto animaba el corazón del apóstol, afianzándolo en una relación de perfecta gracia con ellos. Esta misma gracia accionó un resorte en los corazones de los corintios para que se interesaran por la Palabra. En presencia de un don así, deberían haberse sentido avergonzados por su pecado. No hay testimonio más destacable que cuando contamos con la fidelidad de Dios hacia su pueblo. Esta relación demanda una santidad necesaria para gozarla, pero descansa en la fidelidad divina. Los corintios andaban mal, como ya sabemos, y el apóstol no podía hablarles tolerándoles cualquier maldad; sin embargo, les declara que Dios era fiel y que los confirmaría al fin para que fuesen hallados irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo. Luego procede a reprenderlos. ¡Qué testimonio más maravilloso!

Pablo (el Espíritu) unía de este modo a los corintios con Dios. Lo que Él significaba para ellos en esta relación pesaba en sus corazones y conciencias. El empleo de esta arma les abría el corazón a todo lo que el apóstol les decía. Uno tiene que permanecer cerca del Señor para poder mirar, en la práctica, a cristianos que caminan mal. No se trata de tolerarles sus pecados —lo que el apóstol se guardaba de hacer— sino que es la gracia la que, obrando en sus conciencias, les hace estar ocupados en ella, como si su relación con Dios fuera demasiado valiosa para seguir pecando, o que él se lo tolerara.

La Epístola a los Gálatas nos facilita un ejemplo sorprendente de esta confianza inspirada. Comparad los capítulos 4:20 y 5:10.

Los corintios eran enriquecidos por Dios a través de los dones que él les daba, y su testimonio quedaba así confirmado entre ellos. Estos dones les facilitaban la espera de recibir la revelación del Señor y la consumación de todas las cosas. Fue un momento solemne cuando Dios los confirmó en su fidelidad llamándolos para ser irreprochables en aquel día. Fueron llamados a la compañía y la comunión de su Hijo Jesucristo. Breve pero valiosa demostración de la gracia y fidelidad divinas, como base de todas las exhortaciones y enseñanzas que Pablo les

daba para fortalecerlos y guiar sus torpes pasos, aunque su condición no le permitiera esgrimir con ellos tal muestra de gracia como hizo con los efesios.

El apóstol comienza con la insensatez de los corintios, que querían proclamar a los principales ministros cristianos, y a Cristo mismo, fundadores de escuelas. Pero Cristo no estaba dividido. Ellos no fueron bautizados al nombre de Pablo. Tuvo ocasión de bautizar a algunos, pero sin embargo su misión era la de predicar el evangelio, no bautizar<sup>1</sup>, en virtud de lo que nos dicen Hch 26:17 y el cp 13:2 y ss., no Mt 28:19. Además, toda esta sabiduría humana no era sino una locura que Dios reducía a la nada. La predicación de la cruz era poder de Dios, y él escogió las cosas débiles y menospreciadas que son locura para el mundo para acabar con la sabiduría y poder mundanos, con el propósito de mostrar de forma evidente su poder divino en el evangelio. Los judíos pedían una señal, los griegos tesoros de saber, y él dio a Cristo crucificado para que fuera predicado y piedra de tropiezo a los judíos, locura a los griegos y poder de Dios a los que son llamados. Por medio de las cosas que no son, redujo a la nada las cosas que eran, porque su debilidad es más fuerte que la fuerza de este mundo y su sabiduría más brillante que la de este siglo. Ninguna carne se vanagloriará en su presencia. Lleno de gracia, obró en las conciencias según la posición real que ocupaba el hombre responsable, no sujetándose a los juicios y razonamientos humanos, que eran incapaces de manifestarse con una luz verdadera, pero sí lo suficiente para desbancarlos si ellos estimaban que podían aplicar tales juicios contra él. Por otra parte, el cristiano era algo más que un objeto de la enseñanza divina: era de Dios por Cristo Jesús; tenía su vida de él, su ser y posición como cristiano, y esto era sabiduría, justicia, santificación y redención, lo cual contrastaba con las pretensiones de la mente humana y la falsa santidad del judío bajo la ley, dadas la medida de santificación que suministraba y la debilidad del hombre, la última huella que Dios borrará cuando cumpla por fin la obra de su gracia. De este modo, somos de Dios, y Cristo lo es todo de él, para que el que se gloria se gloríe en el Señor. Un breve pero poderoso testimonio de los elementos que conforman el cristianismo.

## Capítulo 2

Tal era el ánimo con que el apóstol se presentó por vez primera entre ellos, que no pretendió saber nada que no fuera Cristo<sup>2</sup>, en su humillación y rechazo como objeto de escarnio por parte del hombre necio. Sus palabras no atraían con la carnal y persuasiva retórica, sino que las dotaban de poder la presencia y la acción del Espíritu. Así, la fe de ellos descansaba, no en las yerbas palabras de los hombres, que alguien más elocuente o taimado pudiera tergiversar, sino en el poder de Dios, en un sólido fundamento para las frágiles almas. Sea su nombre alabado.

Sin embargo, cuando el alma ya estaba enseñada y asentada en la doctrina de la salvación en Cristo, había una sabiduría de la que hablaba el apóstol que no era la de los príncipes de este siglo, que perecen, ni de este tiempo presente, sino la sabiduría de Dios en misterio, un consejo oculto revelado por el Espíritu y ordenado como designio antes del mundo para nuestra gloria. Era un consejo que, pese a toda su sabiduría, ninguno de los príncipes conocía. Si lo hubieran conocido no habrían crucificado a la Persona en quien tenía que cumplirse.

---

<sup>1</sup> Esta afirmación es tanto más extraordinaria por cuanto revela algo especial de la cena del Señor. Pero este mandamiento se refiere a la unidad del cuerpo, que era, a fin de cuentas, el testimonio del apóstol. Los doce fueron enviados a predicar a las naciones (Mt 28).

<sup>2</sup> Fijémonos bien que Pablo no dice que no quería conocer nada excepto la cruz, como alguna gente —incluso cristianos— ha pretendido sugerir. Él no quería conocer nada más que a Cristo, y en su forma más humilde, ante la filosofía de los paganos, a fin de anular el orgullo humano. Sigue diciendo que enseñaba sabiduría entre quienes estaban iniciados en el cristianismo, pero la sabiduría divina la revelaba el que escudriña las cosas profundas de Dios. Es un abuso muy lamentable el que suele hacerse con este pasaje, que además se cita de forma errónea.

El apóstol no toca este tema del misterio porque tenía que alimentarlos como recién nacidos, y solo con el objeto de establecer una diferencia con la sabiduría engañosa del mundo. La manera en que se comunicaba esta sabiduría era importante. Aquello que nunca entró en corazón de hombre<sup>3</sup>, Dios lo había revelado por su Espíritu, que escudriña todas las cosas, y aun las profundas de Dios. Solo el espíritu de un hombre que está en él puede saber las cosas que no ha comunicado. Así, nadie conoce las cosas de Dios salvo el Espíritu divino. Es el Espíritu divino lo que el apóstol y los demás objetos de revelación habían recibido, para poder conocer las cosas que él da voluntariamente. He aquí el conocimiento de las cosas mismas en los vasos de revelación. Más adelante, este instrumento de Dios tenía que encargarse de darlas a conocer a otros. Comunicarlas, no con palabras falaces y humanas, sino con lo que Dios y el Espíritu las comunicaban, con cosas espirituales que se acomodaban a lo espiritual<sup>4</sup>. Estas comunicaciones se hacían mediante el Espíritu, como con la cosa que se comunicaba. Puede que las revelaciones no llegaran a todos, porque su manera de comunicarlas era transmitida por la acción del Espíritu, por lo que el hombre natural no podía recibirlas si no era por medio de un discernimiento espiritual.

La fuente y el medio de comunicación, así como la recepción, eran obra del Espíritu. El hombre espiritual juzga todas las cosas, pero él no es juzgado por nadie. El poder del Espíritu en él produce estos juicios justos y verdaderos, proporcionándole unos motivos y caminos difíciles de entender para el que no lo tiene. Sencillamente, con todo lo que se ha dicho nada es más importante que lo que aquí se enseña. Ya fuera que el apóstol se encontrara en Corinto, o escribiéndoles esta epístola en aquel entonces, los corintios no se hallaban en disposición de recibir la comunicación de este misterio (una dolorosa acusación a sus alardes de filosofía, pero un buen remedio al fin).

### Capítulo 3

Ellos no eran hombres naturales, sino carnales. No eran espirituales, y el apóstol debía alimentarlos con leche y no con carne, que solo era apta para los de avanzada experiencia. Aquello con que ellos alimentaban su orgullo era la prueba de sus divisiones en diferentes escuelas de doctrina. Pablo había plantado y Apolos regado. Eso estaba bien, pero era prerrogativa de Dios proporcionar el crecimiento. Además, el apóstol puso el fundamento de este edificio divino: la asamblea en Corinto. Otros habían construido sobre este fundamento llevando a cabo la edificación de las almas. Preste atención cada cual a lo siguiente: había un fundamento que ya estaba puesto. Relacionada con este iba la enseñanza de las cosas sólidas o desechables, para formar así a las almas en lo uno o en lo otro. Quizá se lograra introducir entre los santos a las almas ganadas por medio de estas doctrinas vanas, pero tarde o temprano la obra sería probada un día con el juicio. Si ellos hicieron la obra de Dios con materiales sólidos, permanecería, de lo contrario no sería reconocida. El efecto y fruto de la labor quedaría destruido, pero el hombre que la llevó a cabo se salvaría porque había edificado sobre el fundamento con fe verdadera en Cristo. Sin embargo, la sacudida provocada por el fracaso de todo lo que él estimó genuino<sup>5</sup>, le serviría para que en su conciencia fuese también dislocada la

---

<sup>3</sup> Este pasaje se cita muchas veces para mostrar lo sublime de estas cosas que nadie puede conocer. Al ser una cita de Isaías, que nos enseña lo que no podía ser revelado en aquel entonces —cuando el mal estaba presente y el hombre recibía el trato que correspondía a su condición—, ahora son reveladas porque el hombre se halla en una condición gloriosa en la Persona de Cristo, y el Espíritu Santo ha descendido para mostrárnoslo. El cristianismo no tiene nada que ver con el judaísmo.

<sup>4</sup> No tengo ninguna duda de que este es el sentido correcto del pasaje. El medio espiritual era de la misma naturaleza que las cosas que tenía que alcanzar.

<sup>5</sup> Observemos aquí la muy importante enseñanza sobre la asamblea vista como edificio de Dios. En Mateo 16 tenemos el edificio y el poder satánico, que no puede prevalecer contra él. El edificio de Cristo seguirá alzándose hasta ser completado. De ahí que en 1P 2 y Ef 2 no tengamos delante al que lo construye, sino las piedras que se van

relación que hubiese mantenido con el fundamento. Él sería salvado como por fuego, y quien hubiera trabajado según Dios recibiría el fruto de su labor. Si alguien corrompía su templo y causaba la destrucción de las verdades fundamentales, se destruía a sí mismo.

Finalmente, si alguien deseaba ser sabio en este mundo se le instaba a que fuese lo contrario para alcanzar la verdadera sabiduría. Dios consideraba locura la sabiduría de los entendidos, y constituían su propia trampa las habilidades que utilizaban para obtenerla. En cambio, los santos estaban por debajo de sus privilegios, aunque todas las cosas les pertenecían, porque eran hijos de Dios.

## Capítulo 4

En lo que respecta al apóstol y los obreros, tenían que ser considerados como mayordomos que el Señor tenía a su cargo. Fue a Él que el apóstol encomendó el juicio sobre su propia conducta, importándole poco la opinión que tuvieran de él los hombres. No tenía conciencia de haber obrado mal, pero esto no le justificaba. El que le juzgaba o examinaba era el Señor. Al fin y al cabo, ¿quién era el que daba al uno o al otro lo que podía utilizar para el servicio?

Cuando trataba este asunto, Pablo recordaba bien los nombres que ellos esgrimían en sus divisiones carnales, sobre todo el suyo y el de Apolos, que no podían utilizar como excusa de que el apóstol quisiera prescindir de los demás para continuar la labor solo. Pero ¿cuál era la realidad de las cosas? Habían despreciado al apóstol, quien dice que él y sus compañeros habían sido avergonzados, despreciados, perseguidos y afligidos, mientras que los demás no habían recibido molestias de ningún tipo y vivían como reyes —un reproche a su pretenciosidad y a las censuras de que los apóstoles eran objeto—, y esto con la intención de llegarles a lo más profundo, si es que aún tenían entrañas. Pablo y sus compañeros habían sido la deshonra de la tierra por amor a Cristo, mientras que los corintios vivían rodeados de lujos y comodidades. Cuando les escribía, continuaban en esta actitud: «¡ojalá reinaseis, para que nosotros reinásemos también juntamente con vosotros!». Pablo tenía sus sufrimientos, pero los soportaba con júbilo. Los apóstoles fueron exhibidos en el anfiteatro del mundo como el último gran espectáculo de unos juegos maravillosos, y como testigos de Dios estuvieron expuestos a su feroz brutalidad. Las únicas armas que tenían eran la paciencia y la docilidad.

A pesar de todo, él no les dijo estas cosas para avergonzarlos, sino para advertirlos como hijos amados, lo que eran. Aunque tuvieran a diez mil maestros, fue Pablo quien los había engendrado por medio del evangelio, y estaban constreñidos a seguirle. Vemos en todo ello el trabajo sincero de un corazón noble con multitud de heridas, capaz de producir, sin embargo, el afecto que le permitiera olvidar su pena. Esto es lo que distingue, de manera tan contundente, la obra del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento. El Espíritu ha venido al seno de la asamblea y participa de sus sufrimientos y problemas. Llena el alma del que se interesa por ella y hace que, según Dios se ha propuesto, perciba lo que ocurre dentro con un corazón lleno de humanos sentimientos. ¿Cómo podía lograrse que tuvieran esto los extraños si no era por el Espíritu de Dios? ¿Quién iba a profundizar en estas cosas con la perfección de la sabiduría divina, actuar sobre el corazón, formar el conocimiento en la conciencia y liberarla si no era porque todo lo hacía el Espíritu divino? El lazo apostólico entre los individuos tenía que formarse aún y fortalecerse. Era la esencia de la obra del Espíritu en la asamblea, la que unía a todos dentro de

---

colocando para que crezca. En el caso que estamos considerando, se trata del edificio de Dios, del que edifica y de la responsabilidad del hombre. Tenemos a los edificadores prudentes así como a los que edifican con madera, paja y hojarasca; también vemos a los que traen corrupción. En Efesios 2 tenemos en la actualidad un edificio, pero desde el punto de vista abstracto, la declaración oficial de su responsabilidad. La confusión del edificio de Cristo (aún por terminar) con la obra de construcción humana, y la aplicación de la promesa a unos y otros —que descansa en la responsabilidad del hombre y en el actual edificio— son una importante fuente de errores del papado y de los puseyitas. Nada puede prevalecer contra la obra de Cristo. El hombre podrá edificar con madera, paja y hojarasca, pero toda su obra será destruida, como ocurrirá al fin.

un conjunto. No por ello dejamos de ver lo que era humano, pues de otro modo no estaríamos hablando de Pablo ni de sus queridos hermanos. Vemos también al Espíritu Santo, que estos entristecían, actuando con divina sabiduría en el apóstol para guiarlos en el camino correcto y con un afecto paternal por ellos. Podía ser el caso con Timoteo, su hijo muy estimado en la fe. Pablo le había enviado allí, procurando acudir él después, aunque algunos decían que no lo haría y prefirieron sacar a relucir su orgullo en ausencia del apóstol. Sin embargo, Pablo pronto iría a ellos para probarlo todo, dado que el reino de Dios no era en palabra sino con poder. ¿Deseaban, entonces, que fuera con vara de hierro o con amor?

Aquí termina esta parte de la epístola, modelo admirable de ternura y confiada autoridad que venía de parte de Dios a actuar con gran afecto para con quienes eran tan entrañables para el apóstol, con la esperanza de que no le obligaran a comportarse de otro modo. Las verdades más potentes se manifiestan con su equilibrada conducta.

## Capítulo 5

Se empiezan a tratar los detalles sobre la conducta y la disciplina. Antes de nada, está la contaminación carnal que aparece en medio de ellos y llega a cotas de una conciencia endurecida. Los que querían ser maestros de influencia toleraban su prolongación en el tiempo, pero el apóstol lo condena sin reservas. Aparece la disciplina. Cristo se había ofrecido como el cordero pascual y ellos tenían que guardar la fiesta sin levadura, protegiéndose de este fermento para poder ser lo que de hecho eran delante de Dios: una masa purificada. En cuanto a la forma que debía tomar la disciplina, antes de saber que tenían el deber de quitar al malvado —deber que les había dado Dios, y les impuso la obligación de hacerlo— debería haberlos humillado un sentido moral acerca del mal para pedir que él lo quitara de en medio. Pero se envanecieron, y ahora el apóstol les enseñaba lo que debían hacer, imponiéndoselo con su autoridad apostólica. Estaba en medio de ellos en espíritu, dado que físicamente era imposible, y con el poder del Señor Jesucristo cuando se reunían para entregar el malvado a Satanás, para que fuera destruida la carne del hermano y su alma preservada en el día de Cristo.

Se manifiesta aquí todo el poder de la asamblea en condiciones normales, unida y guiada por la energía del Espíritu; sus miembros; el apóstol, recipiente y canalizador del poder espiritual, y el poder del Señor Jesús, Cabeza del cuerpo. El mundo es el anfiteatro de la fuerza satánica, y la asamblea, liberada de este poder, la habitación de Dios por el Espíritu. Si el enemigo había conseguido hacer apartar con la carne a un miembro de Cristo, porque deshonraba al Señor actuando como la gente del mundo, el hermano era expulsado, pero por el poder espiritual que luego se ejercía a través del apóstol en medio de ellos, era entregado al enemigo (que es consumidor, muy a pesar suyo, de los propósitos divinos —como con Job—), a fin de que la carne del cristiano, quien al no haberla reconocido muerta le había atrapado en el poder satánico, fuera físicamente destruida y vencida. Solo así obtendría la liberación de las ilusiones carnales que le tuvieron cautivo. Su mente aprendería a discernir la diferencia entre el bien y el mal, saber qué pecado cometió. El juicio de Dios sería conocido en su interior y no se ejecutaría sobre él aquel día en que, seguramente, hubiera recibido la condena que recibirán todos los demás. Esta era una bendición ejemplar, pero terrible en sus formas. Un maravilloso ejemplo del gobierno de Dios, que se vale de la hostilidad del enemigo contra los santos como instrumento para la bendición espiritual. Tenemos un caso semejante en la historia de Job, pero aquí solo vemos, estando además presente el poder apostólico<sup>6</sup>, la evidencia de que en condiciones normales la propia asamblea ejercía este juicio con un discernimiento dado por el

---

<sup>6</sup> El apóstol (1Ti 1:20) ejerce su poder únicamente para determinados blasfemos. Hablamos de un poder, no meramente de un deber, con la importancia de saber distinguir entre ambos. Aunque aquí lo ejerciera el apóstol con la asamblea reunida, dice también: «he juzgado al que ha cometido tal acción... que sea entregado a Satanás». En el versículo 13 tenemos el deber primordial de la asamblea, sin necesidad de preguntarnos por su poder especial.

Espíritu y la autoridad de Cristo para ejecutarlo. Cualquiera que sea su capacidad espiritual para empuñar esta espada del Señor, las pruebas de su servicio ordinario se ofrecen al finalizar el capítulo.

La asamblea era una masa ázima, vista en el Espíritu como iglesia, no como los individuos que la componen. Así es cómo debemos considerarla nosotros, solo a través del Espíritu. Dios la ve delante de él en la nueva naturaleza de Cristo. Es la práctica que esta habría de mantener mediante el poder espiritual, a pesar de la existencia de la carne, la que debe considerar como muerta y no permitir con su manera de caminar nada que pudiera modificar su estado. La asamblea debía ser una «nueva masa», y no podía serlo si toleraba el mal; si lo hacía, debía purificarse de la vieja levadura, pues en los pensamientos de Dios carece de ella. Cristo, nuestra pascua, fue sacrificado por nosotros, por lo tanto debemos guardar la fiesta con el pan ázimo de la sinceridad y la verdad. Los corintios no actuaron correctamente al jactarse de este mal en medio de ellos, por mayores que fueran los dones que tenían. Un poco de levadura leudaba toda la masa, y el mal no se adhería solamente a aquel hombre culpable. La asamblea no quedaba limpia del mal hasta que lo eliminaba (2Co 7:11). Ellos no podían disociarse, en las relaciones de la vida cotidiana, de aquellos que en el mundo cometían corrupción, porque entonces hubieran tenido que salir de él. Pero si había alguien que llamándose hermano vivía corruptamente, no debían siquiera comer con él. Dios juzga a los que están fuera, y la asamblea debe juzgar a los que están dentro para expulsar cualquier cosa que lleve el nombre de perverso.

## Capítulo 6

Trataremos ahora la cuestión de los agravios. Era vergonzoso que quienes tenían que juzgar el mundo y los ángeles fueran incapaces de juzgar los exiguos asuntos de esta tierra. El más pequeño de la asamblea debía ocuparse en este servicio, tolerar el ultraje, dado que ellos también lo cometían. Los malvados y los injustos en ningún modo iban a heredar el reino. ¡Qué maravillosa mezcla tenemos aquí de revelaciones sorprendentes, de una moralidad inmutable —sea cual fuera la supremacía divina de la gracia—, de orden eclesiástico y de disciplina! La asamblea está unida a Cristo. Cuando él juzgue el mundo y pronuncie la condena de los ángeles, la asamblea se asociará en este juicio, pues tiene su mismo Espíritu y mente. Por tanto, nada que sea injusto entrará en el reino, pues ¿de qué modo podría ser juzgado el mal por alguien que se alegra de él?

Los cristianos no deben acudir a tribunales mundanos para resolver sus pleitos porque tienen el recurso en el arbitraje de los hermanos, un servicio que, como ahondaba poco en la espiritualidad cristiana, el más débil podía realizar. Lo normal era sufrir el agravio.

El judaísmo que se deleitaba en lo sagrado de las reglas externas, así como en el espíritu del mundo que se ceñía a sus normas, eran los dos peligros que amenazaban la asamblea en Corinto. Peligros que han sido reales para el corazón humano en todas las épocas y en todos los lugares. Con respecto a las comidas, la norma era sencilla: una perfecta libertad dentro de todo lo permitido (una libertad verdadera, se entiende, y que no sujete a servidumbre con estas cosas). Las viandas y el vientre eran algo que perecía al final, pero el cuerpo tenía un destino más elevado: es para el Señor, y el Señor para él. Dios ha resucitado a Cristo de los muertos y nos resucitará a nosotros por medio de su poder. El cuerpo es para esta resurrección, no para las viandas.

La doctrina que decía que el cuerpo es para el Señor, ponía sobre la mesa otra pregunta planteada por las costumbres depravadas de los corintios. Estaba prohibida toda clase de fornicación. Para nosotros, que tenemos una manera de pensar cristiana, esta prohibición quedaría fuera de toda duda, pero para los paganos era nueva. La doctrina enaltece cada uno de los temas que toca. Nuestros cuerpos son los miembros de Cristo. Otra verdad relacionada con ello, y muy importante además: si dos eran un cuerpo —por unión carnal—, aquel que estaba unido al Señor era un espíritu. El Espíritu cuya plenitud está en Cristo es el mismo que

mora en mí y me une a él. Nuestros cuerpos son sus templos. ¡Qué poderosa verdad cuando pensamos en ella!

No somos nuestros, ya que fuimos comprados con un precio: la sangre de Cristo ofrecida por nosotros. Así pues, deberíamos glorificar a Dios en nuestros cuerpos, que son suyos, constituyendo un motivo poderoso y universal que gobierne toda nuestra conducta sin excepciones. Nuestra auténtica libertad es la de pertenecer a Dios. El que se la reserva para sí, hace un hurto de los derechos del que nos ha comprado para que seamos suyos. Todo lo que un esclavo era o ganaba pasaba a ser propiedad de su amo, y no era ya dueño de sí mismo. Igual sucede con el cristiano. Sin esto, uno se convierte en el desdichado cautivo del pecado y de Satanás, teniendo como norma su propio egoísmo y como fin el eterno destierro de las fuentes del amor. Horrible pensamiento. Somos los objetos especiales y los depositarios de este amor. Tenemos dos poderosas razones para la santidad: el valor de la sangre de Cristo, con la que fuimos comprados, y el hecho de que somos el templo del Espíritu Santo.

## Capítulo 7

Continúa el apóstol para responder a la pregunta suscitada en torno al asunto que estaba tratando: la voluntad de Dios respecto a las relaciones entre marido y mujer. Hacían bien en distanciarse de estas relaciones si querían andar con el Señor según el Espíritu, sin ceder terreno a la naturaleza. Dios instituyó el matrimonio, por lo que ay de aquel que hablara mal de ello. Pero entró el pecado y afectó a todo lo que era natural y de la criatura. Dios ha introducido un poder completamente superior y ajeno al natural, del Espíritu, y para andar conforme a este poder hay que hacerlo lejos de la esfera donde actúa el pecado. Esto es algo extraño, los pecados más flagrantes son en su mayoría causados por ignorar lo que Dios ordenó por naturaleza. Generalmente, y por esta razón, cada cual debe tener su propia mujer; una vez formada la unión con ella, se carece de autoridad sobre uno mismo. En cuanto al cuerpo, el marido pertenece a la mujer, y la mujer al marido. Si hay un consentimiento de ambas partes para separarse por un tiempo, y darse a la oración y a ejercicios espirituales, el vínculo tiene que ser reconocido posteriormente para evitar que el corazón abra distraído la puerta a Satanás y este aflija el alma, destruyendo la confianza en Dios y en su amor. Se evita de esta manera que tiente con dudas conflictivas —*para, no por* la incontinencia— un corazón que apunta demasiado alto pero que fracasa a la hora de intentarlo.

Esta autorización y guía que recomienda a los cristianos casarse no era un mandamiento inspirado por el Señor, sino el fruto de la experiencia del apóstol (experiencia en la cual había la presencia del Espíritu Santo<sup>7</sup>). Pablo prefería que todos fueran como él, pero cada uno tenía, en este sentido, su don de parte de Dios. Para los solteros y los viudos les va bien, dice, quedarse como él está, pero si no pueden dominar su naturaleza y mantenerse puros es mejor que se casen. Un deseo apasionado es mucho más dañino que el vínculo del matrimonio. Para este estado no había más consejo de la experiencia, y el mandamiento del Señor es evidente: la mujer no tiene que separarse del marido, ni el marido de su mujer. Y si se separan, no se rompe el vínculo; deben permanecer sin casarse o bien reconciliarse.

Había un caso más complicado con el de un marido convertido y su mujer inconversa, y al revés. Según la ley, un hombre que se casaba con una mujer gentil —y que por consiguiente quedaba manchado— se contaminaba y estaba obligado a despedirla, prohibiéndole a sus hijos el derecho a los privilegios judíos, pues eran rechazados por inmundos (cf Esd 10:3). Pero la

---

<sup>7</sup> Observad aquí que formalmente hemos distinguido lo que los infieles de la escuela moderna han intentado tergiversar: los pensamientos espirituales de un hombre y la inspiración de los mismos. El apóstol presenta sus pensamientos y su juicio como hombre espiritual, estando su mente dirigida y guiada por el Espíritu. Los contrasta con la inspiración y con lo que el Señor dijo. De qué manera tan maravillosa ha provisto todo en la Escritura. Comparad el versículo 25.



gracia mostraba la otra cara de la moneda. El marido convertido santifica a la mujer inconversa, y viceversa. A sus hijos se los considera limpios delante de Dios y tienen parte en los derechos eclesiásticos de los padres. Este es el significado que tiene la palabra «santo» dentro del orden y relaciones externos para con Dios, que en un caso similar obligaba bajo la ley a despedir a la mujer y los hijos. En consecuencia, el creyente no puede despedir a su mujer, ni ella abandonar al marido que no es creyente. Si el cónyuge inconverso abandona definitivamente al cónyuge creyente, este queda libre, sea hombre o mujer («que se separe»). El hermano y la hermana no están constreñidos a considerar más a los fugaces esposos su pareja. Todo lo contrario, son llamados a tener paz y a evitar estas separaciones, porque ¿qué saben si no son ellos los instrumentos que convertirán a su pareja? Estamos bajo la gracia. Cada cual tiene que andar según Dios se lo haya mostrado.

En lo que respecta a las ocupaciones y posiciones en este mundo, la norma general es que todos continúen en el estado en que han sido llamados, siempre y cuando sea «con Dios», sin dejar de hacer nada que reste brillo a su gloria. Si este estado tiene una naturaleza contraria a su voluntad es pecado, por lo que es evidente que no pueden permanecer en dicho estado con la aprobación divina. Pero la regla general es que se queden como están para glorificar a Dios.

El apóstol hablaba del matrimonio, de los solteros y las viudas, y le plantearon preguntas acerca de los que nunca han tenido ninguna relación con mujeres. Sobre este punto, no tenía mandamiento del Señor. Solo podía dar su opinión como aquel que había recibido misericordia para ser fiel; era bueno quedarse en este estado, viendo lo que eran el mundo y los obstáculos de una vida cristiana. Si alguien está sujeto a su esposa, que no procure librarse de ella. Si está libre, hará bien en quedarse como está. Si se casa hace bien, pero si se queda soltero hace mejor. El que no ha conocido ninguna mujer no peca si se casa, pero tendrá aflicción en la carne y en su vida terrenal (no lo decimos por lo de la hija de un cristiano, sino por la condición propia y personal del cristiano en general). Si uno permanece decidido en su estado y logra subyugar la voluntad, mucho mejor. Si se casa hace bien; si hace lo contrario, también. Lo mismo ocurre con la mujer, y si el apóstol dice que esto es mejor —según el juicio que tiene de estas cosas— se debe a que tiene el Espíritu de Dios. Aunque no poseía mandamiento, esta experiencia no la había adquirido sin su ayuda, sino que gracias a Él podía decir, si en realidad había alguien con derecho a decirlo, que tenía el Espíritu divino.

Con todo y eso, el tiempo apremia. Los casados tenían que vivir como si no lo estuvieran; los que compran, como si no poseyeran; los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutaran, por mucho que estuviesen en él. De todo esto quería el apóstol que no tuvieran cuitas, para poder servir al Señor. Si reconociéndose muertos a la naturaleza no se producía este efecto en ellos, no ganaban nada y en cambio perdían mucho. En su estado de casados venían las preocupaciones por las cosas terrenales, como eran la felicidad de las esposas y la provisión para los hijos. En el estado contrario, en cambio, gozaban de un reposo mental que la naturaleza y la vindicación de sus derechos no perturbaban, manteniendo así una santidad en el camino y en el corazón. Si la voluntad natural era subyugada y silenciada, podían servir al Señor sin distracciones y vivir por el Espíritu, tras haber sacrificado aquellas cosas que Dios declaró buenas y naturales.

Refiriéndonos a los esclavos, podían obtener consuelo si se consideraban libres en el Señor, pero en vista de lo difícil que era reconciliar la voluntad de un amo pagano con la voluntad de Dios, no debían dejar escapar la oportunidad si podían conseguir la libertad.

Dos cosas salen aquí a nuestro paso y nos llaman la atención: la santidad que destilan estas indicaciones acerca de aquello tan estrechamente relacionado con la carne. Las instituciones divinas que se dieron al hombre inocente se mantienen en su integridad y autoridad absolutas. Son una defensa contra el pecado al cual incita al hombre su carne. El Espíritu introduce una nueva energía por encima de lo natural, que no debilita, ni mucho menos, la autoridad de la institución. Si alguno puede vivir obviando lo natural para poder llevar a cabo un libre servicio para el Señor, es un don de Dios y una gracia de los que hará bien en aprovecharse.

Un segundo principio se deduce de este capítulo. El apóstol distingue con gran exactitud entre lo que recibe por inspiración y su propia experiencia espiritual, aquello que el Espíritu le dio, relacionado con los ejercicios de su vida privada. Era una sabiduría espiritual que prescindía de si era o no alabada. Sobre ciertas cuestiones no tenía mandamiento del Señor, pero llegaba a sus conclusiones con la ayuda de Dios en una vida de fe sorprendente, asistido por el Espíritu que muy pocas veces entristeció. Sobre otros puntos que no eran excepción para él en este aspecto, habían de recibirse como si fueran mandamientos del Señor (cf cp 14:37). Es decir, el apóstol afirmaba la inspiración propiamente dicha de sus escritos, que tenían que aceptarse como provenientes del Señor, y los distinguía de su propia competencia espiritual como un principio relevante.

## Capítulo 8

Después de todo esto, el apóstol responde a la pregunta relacionada con la carne ofrecida a los ídolos, lo que propicia la ocasión para pronunciar unas palabras sobre el valor del conocimiento. Como conocimiento simplemente no significa mucho, pero si lo consideramos desde el punto de vista de que lo poseemos nosotros, podemos sentirnos de todo menos halagados. Se trata de algo que hay en mí, del conocimiento que yo poseo. Así pues, el conocimiento cristiano revelaba algo de Dios, y mediante esta revelación era mejor conocido y más engrandecido en el alma. Era la cosa conocida en él, no un conocimiento en mí que me hiciera sentirme más importante. El que ama a Dios es conocido por él. En cuanto a la pregunta, el amor decidía la respuesta. Dado que surgió, es evidente que no todas las conciencias fueron llevadas a una luz completa por la inteligencia espiritual. Sin duda, el ídolo no era nada; no había sino un Dios, el Padre, y un Señor: Jesucristo. Si el que era fuerte se sentaba a comer carne en el templo del ídolo, otro que no tuviera suficiente luz sería persuadido a hacer lo mismo, con el agravante de que mancharía su conciencia y caería en infidelidad. De este modo, yo le induzco a pecar, y en lo que a mí se refiere soy el causante de la ruina de un hermano por el que Cristo murió, haciendo que peque con esta acción. Entonces, si la carne hace tropezar a un hermano me guardaré de no abstenerme, para no serle lazo. El apóstol plantea aquí la pregunta como si se originara entre los hermanos, en lo que concierne a la conciencia de cada uno, tratando de reforzar el hecho de que un ídolo era un pedazo de madera o un trozo de piedra. Era importante dejar sentada la pregunta sobre esta base. Los profetas hicieron lo mismo anteriormente, pero eso no era todo lo que había que decir. Había que explicar la obra de Satanás y de los malos espíritus, lo cual veremos más adelante.

Explicaremos a vuelapluma la expresión «solo hay un Dios, el Padre, y un solo Señor, Jesucristo». El apóstol no aborda aquí la pregunta abstracta de la divinidad del Señor, sino la conexión que tienen los hombres con aquello que los supera en determinadas circunstancias. Los paganos tenían muchos dioses como seres mediadores. Los cristianos no. Para ellos, era el Padre quien habita en lo absoluto de la divinidad, y el Cristo encarnado, quien ha tomado el lugar y la relación de Señor. La posición, y no la naturaleza, es lo que se cuestiona. Es lo mismo que en el capítulo 12:2-6, donde la diferencia estriba en la abundancia de espíritus que los paganos conocían y la cantidad de dioses y señores que tenían. Sin embargo, nadie estaba libre, en realidad, de poderse imaginar a estos falsos seres divinizados. Tal vez aún significaran algo para ellos, a pesar de que querían ignorarlos. Tenían conciencia de los ídolos, y si comían de lo que les había sido ofrendado, para ellos no era simplemente una comida que Dios les ofrecía. Permanecía en sus corazones la idea de que detrás del ídolo estaba la presencia de un ser fuerte y real, y así era como se contaminaban la conciencia. Ahora bien, a los ojos de Dios no eran mejores por haber comido ante el ídolo, pero si comiendo ponían piedra de tropiezo en el camino de su hermano, en lo que respecta a la acción de quienes tenían más luz, le arruinaban

la conciencia y le apartaban de su fidelidad a Dios. Esto era pecar contra Cristo, que había muerto por aquella almapreciada. Y aunque Dios intervenía, protegiéndole de las consecuencias de su debilidad, en absoluto restaba importancia al pecado del que arrastró a la débil alma a obrar contra su conciencia.

En materia de responsabilidad, aquello que nos separa de Dios es lo que nos puede acabar arruinando. Quien tenga el amor de Cristo en su corazón querrá abstenerse de comer carne, antes que cometer una acción con tendencia a arruinar un alma a la que Cristo redimió.

## Capítulo 9

El apóstol fue expuesto a las acusaciones de falsos maestros que afirmaban que cumplía su cometido de evangelización por intereses personales, y que sustraía de las posesiones de los cristianos abusando de la devoción con que le trataban. Aquí Pablo habla de su ministerio, declarando sin ambigüedad que él es un apóstol, un testigo de la gloria de Cristo, a quien él había visto. De todas maneras, si él no era apóstol de los demás sin duda lo era de los corintios, puesto que había sido el medio de que se convirtieran. La voluntad divina era que quien predicaba el evangelio viviera del evangelio. Pablo tenía derecho a tomar para sí una hermana, como en el caso de Pedro y los hermanos del Señor, pero no había hecho uso del mismo. Obligado por su llamada a predicar las buenas nuevas, el apóstol se cuidó mucho de no obedecerle. Su gloria era predicar desinteresadamente para quitarles todos los motivos a quienes los buscaban. Estando libre de todos, se hizo a sí mismo siervo de todos para ganar a cuantos más mejor. En esto consistía su servicio, y no se acomodaba al mundo para escapar del vituperio de la cruz. Sobre esto habla sin tapujos (cp 2:2). Cuando predicaba el evangelio, lo adaptaba a la capacidad religiosa y a las maneras de pensar que tenía cada cual, a fin de que la verdad ganara terreno en sus mentes. Esta manera de actuar también la demostró entre los corintios, con el poder de un amor abnegado para servir a todos, no con el egoísmo que se escuda tras la ganancia de almas. Por amor al evangelio obró así en todos los sentidos, deseando, como decía, ser copartícipe de él cuando lo practicaba haciendo la obra del amor de Dios en el mundo.

Era tras esto que ellos debían correr, y para que pudieran hacerlo debían negarse a sí mismos, como el apóstol. Él no corría con pasos inciertos, como si dudara de la meta o como el que no quiere alcanzarla porque no la cree segura. Sabía bien lo que perseguía, y con este fin corrió, dando evidencias de la naturaleza de esta meta. Todos podían juzgar su camino. Para él no era nada baladí, como quien corría tras el viento, la senda que conducía a este final, dado que al ir en pos de lo santo y glorioso sorteó con sobrado valor los problemas en los conflictos personales con el mal que quería impedir su victoria. Cual robusto luchador, supo sojuzgar su cuerpo, que podría haber resultado un impedimento para la labor. Había una realidad en su carrera hacia el cielo, y no iba a permitir que nada en el camino la oscureciera. Predicar a los demás no lo era todo; sin embargo, predicaba. Podía incluso caer en el afán vano del trabajo, perderlo todo y que fuera rechazado, si no personalmente, sí como cristiano. Pero ante todo era un cristiano, luego predicador, y bueno además, porque primero era cristiano. Aunque hubiera otros que hicieran profesión, como él, participando en la iniciación y en las ordenanzas, con todo podían no ser aceptados por Dios. Esta advertencia es un testimonio de las condiciones a las que, al menos en parte, la asamblea de Dios se había visto reducida. Una advertencia siempre ventajosa, que implica que quienes participaron en las ordenanzas de la iglesia ya no inspiraban aquella confianza que les dio la bienvenida, sin dudarle un momento, como verdaderas ovejas de Cristo. El versículo distingue entre la participación en las ordenanzas cristianas y la posesión

de la salvación. Esta distinción siempre se cumple, pero no es necesario que así sea cuando la vida cristiana brilla en aquellos que tienen parte en los privilegios externos de la asamblea.

## Capítulo 10

El apóstol ofrece como enseñanza a los corintios los caminos de Dios con Israel en el desierto, y declara que las cosas que les sucedieron eran tipos o figuras que nos sirven de ejemplo. Un principio importante que debe ser tenido en cuenta para obtener el mayor provecho. No es Israel la figura, sino los caminos divinos que lo acompañaron. Estas cosas les sucedieron y fueron escritas para nuestra enseñanza, para los que vivimos al final de las dispensaciones. Aquello que vendrá después será el juicio divino, cuando estos ejemplos ya no tendrán ningún propósito para la vida de fe.

A continuación, se establecen dos principios de una mayor relevancia en la vida práctica: «así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga». Esta es nuestra responsabilidad. Por otra parte, tenemos la fidelidad de Dios, que no deja que seamos tentados más de lo que puedan soportar nuestras fuerzas, y nos provee la salida para no tropezar.

Con respecto a la idolatría, pone todo énfasis en el santo temor, cuya utilidad es la de evitar la ocasión de obrar mal y caer. Existen una asociación y una comunión, a través de la mesa en la que participamos, con aquello que está sobre ella; y siendo muchos los cristianos, uno es el pan y uno es el cuerpo<sup>8</sup>, dado que participamos del mismo pan en la cena del Señor. Los de Israel que comían de los sacrificios participaban del altar y se identificaban con él. De la misma manera, aquellos que comían de la carne de los ídolos se identificaban con estos. ¿Quiere decir que el ídolo significa alguna cosa? No, pero como está escrito (Dt 32): «lo que los gentiles sacrifican, lo sacrifican a los demonios, no a Dios». Entonces, ¿debe participar un cristiano de la mesa de los demonios? (La mesa era la mesa de los demonios; la copa, la copa de los demonios, principio a tenerse en cuenta en la asamblea). ¿Provocaría alguien al Señor poniéndole a un mismo nivel que los demonios? Nuevamente el apóstol menciona Deuteronomio 32:21 para repetir el principio ya establecido, por el que él tenía libertad en todos los aspectos, pero por otro lado no se dejaba someter a ninguno de los poderes de esta clase, y en cambio sí la utilizaba para el provecho espiritual de todos, ya que era libre. Para poner en práctica esta regla, estas eran sus enseñanzas: cualquier cosa que se vendiera en el mercado podían comerla sin motivos de conciencia. Si alguien les decía que fue sacrificada a los ídolos, enseguida llegarían al entendimiento de que debía de tratarse de un demonio; por tanto, no debían comer de esta carne a causa de la conciencia. Para aquel que era libre, su libertad no era juzgada por la conciencia del otro; tanto es así que, hablando de la doctrina y de donde existe conocimiento, el apóstol reconoce como una verdad la insignificancia del ídolo. La criatura es simplemente hechura divina. Yo debo evitar la comunión con lo que es falso, especialmente con aquello que tiene que ver con la comunión mantenida con Dios. Debo privarme de esta libertad que la verdad me da para no herir la conciencia de los demás.

También en cuanto a las cosas del comer y del beber, debemos ver la gloria de Dios y hacerlo todo por ella, mirando de no ofender con nuestra libertad ni al judío ni al gentil, ni a la asamblea de Dios. Sigamos el ejemplo del apóstol, que, negándose a sí mismo, buscaba complacer a todos para edificarlos.

## Capítulo 11

---

<sup>8</sup> El apóstol abarca el círculo interno del cuerpo de Cristo, del que son expresión la cena del Señor y una verdadera asamblea unida, en su conjunto, por el Espíritu Santo.

Después de presentar esta serie de normas como respuesta a sus minuciosas preguntas, vuelve a lo que concernía a la presencia y acción del Espíritu Santo, lo que es también una presentación del tema sobre la conducta de ellos en las asambleas.

Observemos aquí la manera en que fundamentaba el apóstol las respuestas que les daba en unos principios básicos y elevados. Este es el modo que tiene de obrar el cristianismo (cf Tit 2:10-14). Se introduce a Dios y la caridad, que sitúa al hombre en relación con él. Lo que viene a continuación ofrece un ejemplo asombroso de lo expresado: unas enseñanzas dirigidas a las mujeres.

Ellas no debían orar sin tener cubierta la cabeza. Para decidir, en esta cuestión, entre aquello que es decente y conveniente, el apóstol deja entrever la relación y el orden que subsiste entre los depositarios de la gloria de Dios y Él mismo, haciendo aparecer a los ángeles como espectadores a los que los cristianos deben presentar un orden acorde a la mente divina<sup>9</sup>. La cabeza de la mujer es el varón, y la cabeza del varón es Cristo; la de Cristo es Dios. Este es el orden del poder que asciende hasta el Supremo. Después, con referencia a la relación entre ambos, añade que el varón no fue creado para la mujer, sino la mujer para el varón. Basándose en estas relaciones con las otras criaturas, que son conscientes y conocedoras del orden de los caminos divinos, las mujeres tenían que cubrirse por causa de los ángeles, porque ellos son el auditorio de estos caminos en la dispensación de la redención y del resultado que había de producir esta maravillosa intervención. En otro lugar añade, respecto a lo que sucedió en Edén, que el varón no fue engañado, sino la mujer, la cual incurrió en transgresión. Digamos también —desde el pasaje que estamos considerando— que, en el orden creacional, el varón no procede de la mujer, sino al contrario. Sin embargo, en el Señor el varón no es sin la mujer ni la mujer sin el varón; todas las cosas provienen de Dios para crear un equilibrio en una cuestión sobre la modestia de las mujeres, quienes se mostraban en público cuando oraban<sup>10</sup>. El resultado, en lo relativo a los detalles, es que el varón tenía que tener su cabeza descubierta porque representa la autoridad con la que era investido, posicionalmente, por la gloria de Dios, de quien era imagen. La mujer tenía que cubrirse la cabeza como señal de sujeción al varón, siendo su cubierta una señal del poder al que se sujetaba. Sea como sea, el varón no podía prescindir de la mujer, ni ella del varón. Acto seguido, el apóstol apela al orden de la creación, según el cual el cabello de una mujer, gloria y ornamento suyo, demostraba, en contraste con el del hombre, que no fue formada para presentarse con varonil osadía ante los demás. Su cabello, ofrecido como velo, viene a demostrar que la decencia y la sumisión de una cabeza cubierta que se somete con tal tipo de modestia eran su posición y gloria particular. Si alguien quería discutir sobre este punto, era una costumbre que ninguno de los apóstoles ni las asambleas toleraban.

Observemos de igual modo que, por muchas que sean las caídas del hombre, el orden en la creación nunca pierde su valor como expresión de la mente divina. Lo mismo ocurre en Santiago, donde se nos dice que el varón es creado a imagen de Dios. En lo que respecta a su condición moral, dado que ahora tiene un conocimiento del bien y del mal necesita nacer de nuevo, ser creado en la justicia y en la verdadera santidad, para llevar la imagen divina revelada en Cristo. Pero su posición en el mundo como cabeza y centro de todas las cosas, algo que los ángeles no tienen, forma parte del plan de Dios, así como la posición de la mujer compañera de su gloria, sometida a él. Es un plan que tendrá su gozoso cumplimiento en Cristo y respecto a la mujer en la asamblea. Todo ello es real y forma un orden apropiado instituido por Dios; el mandamiento crea este orden, si bien es verdad que Su sabiduría y perfección se manifiestan en él.

Verá el lector que el orden creacional, como lo establecido en los consejos divinos respecto a la mujer, el hombre, Cristo y Dios mismo, así como el hecho de que los hombres —los cristianos

---

<sup>9</sup> En 1Ti 2:11-15 se introduce el efecto moral de las circunstancias de la caída, y otorga a la mujer su lugar en la asamblea con respecto al varón.

<sup>10</sup> Aún no hemos llegado al orden en la asamblea, que comienza en el v 17.

bajo la redención, al menos— son admirados por los ángeles (sujetos que no puedo por menos que indicar aquí), forman todos un interés de lo más profundo<sup>11</sup>. Comparad el pasaje 4:9.

Después el apóstol toca el asunto de las asambleas corintias. En el versículo 2 él les alaba, pero sobre este punto no podía hacer lo mismo (v 17). Sus asambleas mostraban un espíritu de división que tenía que ver con la distinción que hacían entre ricos y pobres, pero, por lo visto, dieron lugar a otras más que fueron necesarias para hacer manifiestos a los que eran realmente aprobados por Dios. Ahora bien, estas divisiones tenían un carácter sectarista, es decir, había opiniones personales que dividían a los cristianos de la misma asamblea, de la iglesia de Dios, en escuelas. Crecía la hostilidad entre ellos aunque participaran juntos de la cena (si en realidad podemos decir que participaban unidos). Los celos que se creaban entre ricos y pobres tendían a fomentar el sectarismo, si, como he dicho, podemos convenir en que partían el pan juntos, pues cada cual se preocupaba de tomar su propia cena antes, al tiempo que otros se hartaban cuando los demás tenían hambre. Esto no era realmente comer de la cena del Señor.

Guiado por el Espíritu Santo, el apóstol aprovecha la ocasión para declararles la naturaleza y significado de este mandamiento. Observemos que el Señor se lo había enseñado por medio de una revelación especial, como prueba del interés que conlleva<sup>12</sup> y que era parte constituyente de la mente del Señor en todo el camino del cristiano, a quien Él daba, de forma individual, su importancia, en vista de nuestra condición moral y del estado de nuestros sentimientos, así como de los de la asamblea. En el gozo de la libertad cristiana, en medio de los poderosos resultados producidos por la presencia del Espíritu Santo —de los dones por los que se manifestaba en la iglesia, y la muerte de Cristo, su cuerpo dividido— se recordaba y presentaba a la fe como la base y fundamento de todo. Este acto amoroso, esta acción solemne y sencilla, débil y vacía en apariencia, conservaba toda su importancia. ¡El cuerpo del Señor ha sido ofrecido por nosotros! De esto el Señor tenía que dar testimonio, mantener toda su relevancia en el corazón del cristiano y proveer un fundamento y punto de apoyo al edificio de la asamblea. Sea cual fuere el poder que se manifestaba en ella, hacía subir al corazón estas cosas. El cuerpo del Señor acababa de ser ofrecido<sup>13</sup> y de los labios de Jesús había salido la petición por nuestro recuerdo. Este equilibrio moral es muy importante para los santos. El poder y el ejercicio de los dones no actúan necesariamente sobre la conciencia y en el corazón de a quienes se les da, ni en el de los que se gozan en manifestarlos. A pesar de estar Dios presente (cuando gozamos de un buen estado, así lo sentimos), tenemos a un hombre que habla y actúa sobre los demás; es alguien destacado. En la cena del Señor, el corazón se remonta a un instante en que se siente completamente dependiente y ejercitado, donde el hombre no es nada y Cristo y su amor lo son todo, y la conciencia recuerda que ha pasado por un lavamiento, que ha sido lavada por la obra de Cristo y que nosotros dependemos absolutamente de esta gracia. Los afectos también se ven profundamente ejercitados. Es importante que lo recordemos. Las consecuencias de olvidar el significado de este mandamiento confirman el desvelo y el deseo sincero del Señor de que los corintios le prestaran toda su atención. El apóstol hablará del poder del Espíritu Santo manifestado en sus dones, de las normas necesarias para mantener un orden y proveer para la edificación, cuando eran ejercidos en la asamblea; pero antes, sitúa la cena del Señor como el centro moral y el objeto de la iglesia. Veamos lo que piensa el Espíritu en relación con este mandamiento.

---

<sup>11</sup> El primer capítulo del Génesis nos muestra al hombre ocupando su lugar en la creación con Dios como Creador; en el segundo capítulo, vemos su relación con Jehová, a la que fue llevado por este, y la relación de la mujer con el hombre.

<sup>12</sup> Esto se relaciona con el hecho de que es la expresión de la unidad del cuerpo, una verdad especialmente encomendada al apóstol. Por otra parte, él no fue enviado a bautizar. El bautismo era la simple admisión a la casa ya formada, a la que él fue admitido como los demás.

<sup>13</sup> Los mejores manuscritos omiten «dividido», pero es el memorial del Cristo inmolado y de su preciosa sangre derramada.

En primer lugar, vincula muy fuertemente los afectos con el mandamiento. Fue la misma noche en que Jesús fue traicionado cuando él dejó este memorial de sus sufrimientos y amor. De la misma manera que el cordero pascual recordaba la liberación que el sacrificio ofrecido en Egipto procuró a Israel, la cena del Señor les hablaba del sacrificio de Cristo. Él está en la gloria y dio el Espíritu; pero tenían que recordarle. Su cuerpo ofrecido era el objeto ante sus corazones en este memorial. Estemos atentos a esta palabra: recordar. No se trata de recordar a un Cristo en su condición actual ni de que seamos conscientes durante la cena de lo que es ahora; eso no constituye ningún recuerdo, pues su cuerpo está glorificado. Se trata del memorial de un cuerpo inmolado y una sangre vertida, no de un cuerpo en la gloria. Este cuerpo es recordado, no obstante, por aquellos que están unidos a él en la gloria a la que se ha ido. Estando resucitados y asociados en gloria, lanzan una mirada retrospectiva y ven aquella bendita obra y el amor que con ella les dio un lugar junto a él. Beben también de la copa en su recuerdo. En una palabra, consideran a un Cristo muerto; pero no conocemos a un Cristo así hoy en día.

Se trata del memorial de Cristo, no solo del valor de su sacrificio, sino de la vinculación que tenemos con él, con su recuerdo. Luego el apóstol nos pregunta que, si se trata de un Cristo muerto, quién es realmente el que murió. Imposible dar con dos palabras cuya combinación explique el significado que le queremos dar: la muerte del Señor. ¡Cuántas cosas abarca esta muerte sufrida por Aquel al que llamamos Señor! ¡Qué amor y propósitos! ¡Qué eficacia y resultados! El Señor se dio a sí mismo por nosotros; celebramos su muerte. También es el fin de las relaciones de Dios con el mundo en cuanto al terreno de la responsabilidad humana, excepto para el juicio. La muerte ha cortado todos los lazos y ha dejado claro que es imposible que se forme ninguno. Nosotros anunciamos esta muerte hasta que el Señor rechazado vuelva para establecer unos nuevos vínculos de asociación, al recibimos con él para tener parte en ellos. Esto es lo que proclamamos con el mandamiento cuando lo guardamos. Asimismo, es un anuncio de que la sangre en la que se fundamenta el nuevo pacto ha sido ya derramada. No quiero explicar lo que el pasaje no dice; el objeto del Espíritu de Dios está delante de nosotros: lo que el mandamiento significa no es la eficacia de la muerte de Cristo, sino aquello que une el corazón a él en el recordatorio de su muerte. Es un Cristo muerto y traicionado el que nosotros recordamos. La sangre derramada del Salvador satisfizo los afectos que el corazón de ellos sentía por él. Si tomaban indignamente la cena, eran culpables de despreciar estas cosas tan valiosas. El Señor fijó nuestros pensamientos en este mandamiento y lo hizo de la manera más conmovedora: en el momento exacto que ocurría su traición.

Si Cristo atraía los corazones para que se fijaran en este mandamiento, la disciplina se ejercía también de manera solemne. Si ellos rechazaban el cuerpo magullado y la sangre del Señor participando del mandamiento con frivolidad, se infligían un castigo. Muchos habían enfermado y durmieron, esto es, que murieron. No se trata de ser digno o no de participar del mandamiento, sino de hacerlo de forma indigna. Cada cristiano, siempre y cuando ningún pecado le hubiera excluido, estaba capacitado para participar porque era cristiano, aunque también es verdad que si participaba sin juzgarse a sí mismo, o sin haber apreciado lo suficiente lo que el mandamiento tenía que decirle —con lo que Cristo lo relacionaba—, no discernía el cuerpo del Señor y no podía discernir ni juzgar el mal en él mismo. Dios no nos deja sin información al respecto. Si el creyente se juzga, el Señor no le juzgará, pero cuando el cristiano es juzgado, es castigado por el Señor para que no sea condenado con el mundo. Es el gobierno divino en las manos del Señor, quien juzga su propia casa, una verdad harto importante pero igualmente olvidada. No hay duda de que el resultado entero se ciñe a los consejos de Dios, quien exhibe toda su sabiduría en ello, su paciencia y rectos caminos; su gobierno es real, y el fin del Señor es desear el bien de su pueblo. Pero también quiere santidad y un corazón cuyo estado responda a lo que él ha revelado, un camino que exprese todo esto. El estado normal de un cristiano es la comunión según el poder de lo que se ha revelado. Si hay fracaso, se pierde la comunión y con ella la fuerza para glorificar a Dios que no hallaremos en otro sitio. Si uno se juzga a sí mismo, hay restauración. El corazón se purifica del mal cuando es juzgado y la comunión se restaura. Si no lo hacemos, Dios deberá intervenir corrigiéndonos y purificándonos

por medio de la disciplina, que puede incluso ser para muerte (cf Job 33:36; 1Jn 5:16; Stg 5:14,15).

Todavía hay una o dos observaciones que hacer. Juzgarse a uno mismo no es lo mismo que ser juzgado por el Señor, sino que significa lo que dice el pasaje 11:29: «discernir el cuerpo de Cristo». Así pues, lo que tenemos que hacer no es solo juzgar un mal cometido, sino aperecernos de nuestra condición, tal como nos manifestamos en la luz cuando caminamos en ella (del mismo modo que Dios está en la luz). Esto evitará nuestra caída en el mal, sea en pensamiento, sea en acción. Si hemos ya caído no es suficiente con juzgar la acción, sino también a nosotros, el estado de nuestro corazón, la tendencia y el descuido que propiciaron nuestro hundimiento; en una palabra, aquello que no es comunión con Dios o la estorba. Fue así que el Señor actuó con Pedro, pero no le reprochó su falta, solo juzgó su raíz.

La asamblea debe tener poder para discernir estas cosas. Dios obra de esta manera, como lo vemos en Job, y los santos tienen la mente de Cristo por medio de su Espíritu, lo que debería permitirles examinar su propio estado.

El fundamento y centro de todo esto es la posición que ocupamos para con Cristo en la cena del Señor, como núcleo visible de la comunión y expresión de su muerte, en la que es juzgada toda clase de pecado. Ahora bien, tenemos nuestra parte en la relación con este juicio santo, pero no podemos mezclar en él la muerte de Cristo. En cuanto a su naturaleza y resultados, que se manifestarán totalmente al final, el pecado tiene que quedar completamente eliminado, negarlo con la aprobación divina, ya que Cristo murió a él por amor a nosotros. Es la santidad absoluta que cobra un sentido expresándose en aquello que ocurrió respecto al pecado. Y con relación a eso, la devoción absoluta a la gloria de Dios. Introducir en ella el pecado o la negligencia sería deshonorar la muerte de Cristo, que murió para quitarlo de delante de sí. No podemos ser condenados con el mundo, porque él ha muerto y ha eliminado el pecado por nosotros, pero es insufrible que lo introduzcamos en lo que esta muerte experimentada por él representa. Dios vindica aquello que es debido a la santidad y al amor de un Cristo que dio su vida para erradicarlo. Nos examinamos a nosotros mismos y, ya está... volvemos a establecer los derechos de su muerte en nuestra conciencia, pues todo está perdonado y queda expiado en cuanto a la culpa, tras lo cual seguimos reconociendo estos derechos como la prueba de la gracia infinita.

El mundo está condenado. El pecado en el cristiano es juzgado y no escapa del ojo ni del juicio de Dios. Él nunca lo permitiría; purifica al creyente mediante el castigo, pero no lo hace condenando, puesto que Cristo ha llevado sus pecados y ha sido hecho pecado por él. Su muerte forma así el centro de comunión en la asamblea, una piedra de toque para la conciencia, y todo eso en la cena del Señor.

## Capítulo 12

La otra parte de la verdad, en relación con la asamblea de Dios (y en general con las asambleas) es la presencia y los dones del Espíritu. Estos, igual que la cena del Señor, están relacionados con la unidad<sup>14</sup>. Es el asunto de las manifestaciones espirituales lo que el apóstol aborda en este capítulo. El primer punto era establecer los rasgos particulares del Espíritu de Dios. Había espíritus malos que intentaban infiltrarse entre los cristianos, actuando o fingiendo ser el Espíritu divino, confundiéndolos a todos. Los cristianos de hoy apenas creen que el enemigo pueda actuar así. No podemos dudar que las manifestaciones espirituales son menos evidentes ahora que en tiempos del apóstol, pero el enemigo utiliza sus medios engañosos en circunstancias en las que el hombre y la obra de Dios coexisten. Como dijo Pedro en un caso similar: «hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos

---

<sup>14</sup> Hemos visto esto con respecto a la cena en el capítulo 10:17. En el capítulo 12:13 lo vemos con relación al Espíritu Santo.



maestros». El enemigo no descansa. La prohibición de casarse era una doctrina de los demonios. En los últimos tiempos su poder se manifestará aún más. Dios puede frenarle con su Espíritu y el poder de la verdad, y si no es detenido seguirá engañando a los hombres a través de medios que a alguien en sus cabales se le antojarían imposibles. Pero no deja de sorprendernos lo que un hombre puede llegar a creer al ser dejado a sí mismo, sin ser guardado cuando está en acción el poder del enemigo. Hablamos aquí de razón y sentido común, valiosos como son. Sin embargo, la historia nos enseña que Dios los otorga o los tiene reservados para nosotros.

Se manifiestan el Espíritu y los resultados de su poder, que eran evidentes en medio de la asamblea y atraían la atención del mundo incluso. El enemigo imitaba estos poderes. Habiendo sido la mayor parte de los cristianos en Corinto gentiles pobres, sin discernimiento y llevados como insensatos por la astucia del enemigo, se hallaban en tanto mayor peligro de ser engañados otra vez. Cuando alguien no está lleno del Espíritu divino, que da vigor a la verdad y esclarece su visión moral, el poder seductor y satánico cautiva la imaginación, haciendo que ame lo maravilloso y que ignore la verdad a sabiendas. Carece, pues, de un discernimiento santo porque ignora la santidad y carácter divinos, y no posee la estabilidad de un alma que tiene el conocimiento de Dios, y que, podemos decir, lo posee como tesoro, de manera que no necesita de más milagros. Si alguien no está fundamentado en el conocimiento de Dios, el poder del enemigo le alcanzará y atacará. No podrá desecharlo ni entender por qué le sobrevino. Será víctima de la carga con la que se verá abrumada la mente, y la carne estará satisfecha con ello, ya que de un modo u otro el resultado redundará siempre en libertad para ella.

Cegados largo tiempo por el poder de los malos espíritus, los gentiles convertidos apenas se hallaban en un estado para apercebirlos y juzgarlos. Aunque parezca extraño, este poder demoníaco ejercía tanta influencia que hasta olvidaban la importancia del nombre de Jesús, o cuando menos ignoraban que fuera reconocido por este poder. El enemigo se transforma en ángel de luz, pero nunca reconoce totalmente a Jesucristo como Señor. Hablará de Pablo y Silvano, pretenderá formar parte con los cristianos, pero no reconocerá a Cristo, y finalmente terminará arruinando y destruyendo a quienes le siguen. Un espíritu inmundo no dice «Señor Jesús», y el Espíritu de Dios no puede llamar anatema a Jesús. Aquí es una cuestión de espíritus, no de conversiones, ni tampoco se trata de la necesidad de la gracia que opera en el corazón para hacer una confesión verdadera del nombre de Jesús (una verdad muy cierta, como ya sabemos, pero aquí no es lo que estamos tratando).

Llegamos ahora a enseñanzas más positivas. Nada es más importante, distintivo y maravilloso que la presencia del Espíritu Santo en medio de los cristianos; para nosotros, es el fruto de la obra perfecta de Cristo, la manifestación en la tierra de la presencia de Dios entre los hombres. La Providencia hace evidente su poder con las obras de la creación y su gobierno, el cual dirige todas las cosas; pero el Espíritu Santo establece su presencia en el mundo con el testimonio que da de Cristo, de su carácter<sup>15</sup>. Está entre los hombres para mostrarle tal como es, no todavía glorificado, sino en poder y testimonio. Una vez cumplida la redención, y tras presentar el Dios soberano y Juez la eficacia de la obra de Cristo, la asamblea, después de haber sido rescatada, purificada por su palabra y unida a él como cuerpo, se convierte también en la depositaria de este poder que actúa en sus miembros, que debe exhibir en santidad porque tiene esta responsabilidad. Por tanto, en lo que a su ministerio se refiere, el hombre se transforma, de manera individual y *de facto*, en el vaso de este vigor espiritual. Es un tesoro que se le ha encomendado. El Espíritu forma, ante todo, el vínculo entre la asamblea y Cristo, entre él y el cristiano. Es por el Espíritu que se efectúa y mantiene esta comunión, su función principal; el hombre debe mantener la comunión a fin de entender el carácter y discernir la voluntad divinos, según el testimonio que el Espíritu quiere que dé.

---

<sup>15</sup> Es una verdad realmente asombrosa que la morada de Dios con los hombres sea el fruto de la redención. Él no hizo su morada con el Adán inocente ni moró en el jardín, sino que solo anduvo en medio de él. Tampoco dispuso su habitación con Abraham.

Si la asamblea no mantiene esta comunión, perderá su fuerza como testigo responsable ante Dios y, en efecto, su gozo e inteligencia espirituales. Dios es soberano para obrar como le place, y Cristo no puede salir malparado a la hora de mostrar fidelidad a su cuerpo; pero el testimonio confiado a la asamblea no se mostrará según lo esperado: hacer sentir la presencia de Dios en la tierra. Quizá la asamblea no sea consciente de esta novedad, porque retiene en el presente mucho de lo que Dios le ha dado y que está fuera de la esfera natural. Por tanto, cuando pierde poder también pierde el discernimiento de lo que debería ser: «has dejado tu primer amor»; «haz las primeras obras, pues si no —dice él— vengo enseguida y quitaré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes». Una solemne consideración en lo relativo a su responsabilidad, cuando reflexionamos sobre la gracia que se le ha mostrado, sobre esos frutos que manifestó y otros que debería haber manifestado, y el poder que recibió para producirlos.

Los propósitos divinos para la asamblea tienen su fin y objetivo en el cielo. Se cumplirán sin la mínima posibilidad de fracaso. Todo lo que sea necesario hacer para llevar a sus miembros allí, Cristo lo hará según Sus consejos. Ellos son redimidos por su sangre para ser Suyos. Los caminos de Dios tienen su cumplimiento y evolución en la tierra para darnos una enseñanza, tanto a la asamblea como a cada uno de sus individuos.

No es solamente en sus dones que la presencia del Espíritu divino se manifiesta. Había profecías y milagros, hombres motivados por el Espíritu Santo antes de Pentecostés. Lo que atribuimos a la fe en Hebreos 11 es en realidad atribuido al Espíritu en el Antiguo Testamento, donde fue prometido de una manera especial. En aquel entonces, el Espíritu nunca constituyó una presencia de Dios en el pueblo, como lo es ahora en la asamblea. La gloria vino para tomar posesión del tabernáculo y del templo. Su Espíritu actuaba soberanamente fuera del orden de su casa y podía seguir con ellos cuando esta gloria se iba, pero cuando fue enviado del cielo para habitar sobre la tierra en los discípulos y en la asamblea, él era la manifestación de la presencia de Dios en su casa. Esta presencia espiritual es tan particular, y establece un hecho tan conocido y comprendido por los primeros cristianos, que se demostraba a sí misma en vez de ser demostrada por alguien. La Palabra habla de ello presentándolo como el Espíritu Santo. Juan 7 dice: «pues aún no había sido dado el Espíritu Santo». En Hechos 19, aquellos doce hombres dicen a Pablo: «ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo». No era cuestión de si lo había o no —cada judío ortodoxo creía que sí—, sino de si esta presencia espiritual estaba morando como el nuevo Consolador y guía de los discípulos, del que había hablado el Bautista, y si ya había venido. Cuando hubo descendido se convirtió en la presencia de Dios en su templo espiritual sobre la tierra. El sitio donde los discípulos estaban reunidos tembló como señal de que Dios estaba allí. Ananías y Safira cayeron muertos ante los apóstoles por haber mentado a Dios, y Felipe es llevado por Su poder de la presencia del hombre que recibió el conocimiento de Jesús.

Tal era la presencia del Espíritu Santo. El apóstol habla en nuestro capítulo de la manifestación de su presencia en los dones que se ejercitaban por vía de los miembros del cuerpo, bien para separación y edificación de la asamblea, bien para testimonio de los que estaban fuera. Antes de abordar este punto, él da a los corintios —a quienes el enemigo quería engañar sutilmente— lo que les permitiría distinguir esta manifestación santa y espiritual de las simples obras de un espíritu maligno. Después habla de los dones.

Al revés de como sucedía en el caso de los demonios, no había diferentes espíritus; había solamente uno y el mismo Espíritu, pero diversidad de dones. Esto presenta la ocasión para introducir las diversas relaciones en que los hombres, llevados por el Espíritu Santo, se posicionan respecto a Dios y Cristo, pues el apóstol está hablando del orden de las relaciones humanas con Dios, cuyo poder lo tienen en el Espíritu Santo que actúa en ellos a través de diversas manifestaciones. En el ejercicio de estos distintos dones, ellos eran los administradores. Había un Señor, esto es, Cristo; así, no se trataba de que obrara en ellos un poder independiente y voluntario, pues fuera cual fuese la energía que el Espíritu les mostraba no dejaban de ser los siervos y maestrasalas de Cristo. Tenían que actuar con este carácter y reconocer en el servicio Su señorío. Aun tratándose del poder en un hombre —y en un Hombre que era la Cabeza a la cual servían, aunque fuera Hijo de Dios y Señor de todos—, de sus actuaciones como siervos,

Dios era el único que obraba todo en todos. No es la Trinidad propiamente dicha y presentada con carácter propio, sino un solo Espíritu Santo que actúa en los cristianos, y Jesucristo y Dios operando a través de los dones.

Los dones eran manifestaciones de la energía espiritual que fueron confiados a los hombres bajo Cristo como Cabeza. Ellos tenían que utilizarlos para el servicio del Señor. Cristo había pensado en que podían ser de provecho a su pueblo, a aquellos que eran suyos; y la manifestación del Espíritu fue para provecho de las almas y la asamblea en general. El apóstol menciona algunos de estos dones, pero nos recuerda otra vez que es el mismo Espíritu quien obra en cada caso, que distribuye a cada uno según su voluntad. Que el lector retenga este pasaje. El apóstol dijo que Dios efectuaba todas estas cosas y habló de los dones como manifestaciones espirituales. Se podría suponer que el Espíritu obraba como una vaga influencia y que cada uno debía atribuirlo todo a Dios, sin reconocer un espíritu personal. Pero la atribución de estas operaciones a Dios, en el versículo 6, son aquí imputadas al Espíritu; se añade que él distribuye como quiere a cada cual. No es por tanto inferior. Allí donde obra, es Dios quien lo hace. Estas operaciones en los hombres son dones distribuidos por el Espíritu a voluntad, que actúa personalmente en dicha tarea.

Algunos dones precisan un breve comentario. La sabiduría aplica la luz divina al bien y al mal, a todas las circunstancias por las que pasamos (una expresión con sentido amplio, dado que se aplica a todo lo que tiene que ver con el instante en que nos formamos un juicio sobre las cosas). El Espíritu Santo capacita peculiarmente a unos con esta sabiduría divina, con una percepción de la naturaleza real de las cosas y de la relación de las mismas con lo divino, de conducta respecto a ambas, lo cual, viniendo de arriba, nos lleva por las dificultades del camino y nos mantiene separados de aquello que pudiera situarnos en una posición falsa para con Dios y los hombres.

El conocimiento es la inteligencia en la mente divina, tal como nos es revelada. La fe no es aquí la fe sencilla en el evangelio (no es un don distintivo que un creyente pueda poseer y otro no, evidentemente). Es la fe y la energía que Dios da para superar las dificultades, la fe que se sobrepone a los peligros y les hace frente sin alarmarse. El discernimiento de espíritus no es el don que tenga que ver con la condición del alma, sino con un conocimiento que sabe distinguir, por la poderosa energía espiritual, las obras de los malos espíritus trayéndolas a la luz si es necesario, en contraste con la acción del Espíritu Santo.

Los otros dones no precisan ningún comentario. Debemos volver ahora a la unidad del Espíritu, con la que se relaciona lo que dice el apóstol después de hablar de los dones. El Espíritu era uno, dijo él, haciendo su obra diversa en los miembros según su voluntad. La inmensa relevancia de su personalidad y su divinidad —si pensamos que es él quien obra en y a través del hombre— es muy evidente cuando observamos que estas constituyen el centro y el vivo poder de la unidad de todo el cuerpo, de manera que los individuos, en el ejercicio de sus dones, son solo miembros del único y mismo cuerpo divinamente formado por el poder y presencia espiritual. Este punto lo desarrolla extensamente el apóstol en relación con la unidad que forman el cuerpo humano y la mutua dependencia de sus miembros, así como la interacción de cada uno de ellos con el conjunto del organismo.

Las enseñanzas prácticas se comprenden con facilidad, pero hay puntos importantes en los principios generales. La unidad del cuerpo se produce por el bautismo del Espíritu Santo, y la relación de los miembros depende de este bautismo. Por un Espíritu hemos sido todos bautizados para ser un cuerpo. La cena del Señor es la expresión de esta unidad; el Espíritu es Aquel que le da forma y consistencia. El carácter distintivo del judío y del gentil (y todas las demás particularidades) se pierden de vista en el poder del un Espíritu común a todos, que los unió como redimidos en el cuerpo. En este versículo 13 el apóstol habla del bautismo del Espíritu Santo, pero esta palabra le sugiere la cena, el segundo mandamiento del Señor, y habla de beber de un mismo espíritu, aludiendo, no lo dudo, a la pascua del Señor. No se refiere al Espíritu

Santo: el estado de los creyentes era tener un espíritu, y la palabra se utiliza en contraste con el cuerpo; estaban asociados de corazón y mente por medio del Espíritu, partícipes en Cristo.

No es la fe lo que forma la unión, ni siquiera la vida, aunque sean la porción de los que están ya unidos, sino el Espíritu Santo. El bautismo del Espíritu es el que forma a los cristianos en un solo cuerpo indivisible, animados todos ellos por el único y mismo espíritu y participando de él. Así pues, hay muchos miembros pero un solo cuerpo compuesto por los miembros, que dependen los unos de los otros y se necesitan. Incluso los dones más destacados eran relativamente de menor estima, como se visten y honran las partes menos virtuosas del cuerpo y se llevan al descubierto las más honrosas.

Otro punto que el apóstol señala es el interés común que existe entre ellos en la membresía del único cuerpo. Si uno sufre, todos sufren, pues hay solo un cuerpo animado por un espíritu. Si uno recibe honra, todos se regocijan. Eso depende también del Espíritu que une y da vida a todos. Además, este cuerpo es el de Cristo: «vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros cada uno por su parte».

Observemos también aquí que, si bien la asamblea en Corinto era solo una parte del cuerpo de Cristo, el apóstol habla del cuerpo entero; la iglesia allí era, según su principio de reunión, el cuerpo reunido en asamblea en Corinto. Es cierto que al comienzo se habla de todos los que invocan el nombre del Señor Jesús, pero en realidad es un saludo dirigido a la asamblea de los corintios. Esta expresión demuestra que, en su andadura e intereses generales, una asamblea local no puede separarse del resto del cuerpo de cristianos sobre la tierra. El lenguaje empleado aquí viene a decir que, en cuanto a su posición delante de Dios, los cristianos de una ciudad son vistos como los representantes de toda la asamblea, en lo tocante a esa localidad; no independientes del resto, sino al contrario, en una unión inseparable de miembros interrelacionados, en vida y acciones, en lo que a esa localidad se refiere. Son vistos así porque cada cristiano individual formaba una parte de este cuerpo, y ellos, como conjunto, formaban también una parte de él. De los versículos siguientes resulta que el apóstol, mientras considera a los cristianos como cuerpo de Cristo, del cual eran miembros, tiene presente toda la asamblea como iglesia de Dios. En el Nuevo Testamento no hay más membresía que la de Cristo, en la que los cristianos son miembros los unos de los otros en la formación del cuerpo entero, nunca miembros de una iglesia; la idea es otra. El término se refiere a los miembros del un cuerpo y los compara con los de la anatomía humana, por ejemplo, nunca con los miembros de una asamblea, en el sentido moderno de la palabra. Nosotros somos miembros de Cristo, y en consecuencia, de su cuerpo; así lo eran los corintios en la medida que este se iba manifestando en la ciudad.

La asamblea es considerada aquí un todo sobre la tierra. Dios ha puesto en ella apóstoles, profetas, lenguas, milagros, sanidades... Es muy sencillo comprobar que esto sucede en la tierra, como sabían los corintios, y en la asamblea como conjunto. Las sanidades y las lenguas no eran dones producidos en el cielo, y los apóstoles no provenían de una asamblea individual. En una palabra, era el Espíritu Santo, venido del cielo, quien había formado la unidad del cuerpo en la tierra y quien operaba en él por medio de dones especiales que distinguían a los miembros.

Más adelante destaca el apóstol estos dones, no para dar una lista completa y formal, sino para señalar el orden y la importancia de los que solo son mencionados. El don de lenguas, del que se jactaban tanto los corintios, son los últimos dones de la lista. Otros eran más excelentes que el resto y tenían que ser valorados según la medida en que pudieran servir para edificar a la asamblea. Los que servían a este efecto habían de ser los que ellos desearan.

Es interesante resaltar la diferencia de este capítulo con Efesios 4. Aquí es simplemente el poder, y a los hombres se les decía en determinados casos que permanecieran en silencio cuando estaba presente, dado que era el Espíritu Santo quien lo producía. En Efesios tenemos el cuidado de Cristo como Cabeza del cuerpo. No se mencionan los dones como señal de poder a los demás, sino solo lo que da consistencia a la asamblea y edifica a los santos; luego está la promesa de continuidad hasta que todos nosotros estemos completos. Cristo no puede dejar de prestar cuidados a su cuerpo, pero sí pueden desaparecer las señales, que como sabemos ya no

existen. Los apóstoles y los profetas fueron el fundamento, pero después de ser asentada la base no tuvieron que ejercitarlas más.

## Capítulo 13

Había algo más excelente que todos los dones juntos. Eran las manifestaciones del poder de Dios y de los misterios de su sabiduría; el amor, en cambio, era la dádiva de su propia naturaleza.

Podían hablar todas las lenguas y tener la profecía, conocer los misterios, poseer la fe que mueve montañas, incluso podían renunciar a todas sus posesiones para dar comida a los pobres y dejar que sus cuerpos fueran torturados, pero si no tenían amor de nada servía. El amor era la conformidad a la naturaleza de Dios, la expresión viva de lo que él era, la manifestación de haber sido hechos partícipes de su carácter, acción y sentimientos bajo su semejanza. Este amor se desarrolla con relación a los demás, que no son el motivo, sino el objeto. El origen lo hallamos dentro; su fuerza no depende de los objetos de los que se ocupa. Así, este amor puede actuar donde las circunstancias produzcan irritación y celos en el corazón humano. Se mueve entre ellas según su naturaleza, y al juzgarlas no afectan al hombre que está lleno de amor, siempre y cuando provean la ocasión para su actividad y definan su forma. El amor es su único motivo. Su única fuente en nosotros es que participemos de la naturaleza divina. La comunión con Dios la sostiene el amor a través de las dificultades que tiene que sortear a su paso. Es lo contrario del egoísmo y la autocomplacencia, que el amor no deja que entren por el bien de los demás, de la misma manera que Dios nos ha buscado en gracia en cuanto al principio amoroso (cf Ef 4:32; 5:1,2). ¡Qué poder dejar fuera el mal que hay en uno mismo y olvidarlo todo para hacer el bien!

Merece la pena destacar que las cualidades del amor divino son casi por completo de un carácter pasivo. Las primeras ocho cualidades ya señaladas por el Espíritu son la expresión de esta renuncia del yo. Las tres siguientes ponen de manifiesto el gozo en el bien que libera al corazón de esa tendencia a aceptar el mal, tan propenso en la naturaleza humana por la frecuencia con que sucumbe a él y por lo que experimenta en el mundo. Las últimas cuatro cualidades del amor son una muestra de su positiva energía, que asume el bien cuando no es capaz de verlo, a través del poderoso origen de su naturaleza divina, y soporta la infamia cuando la descubre, cubriendo todo con dulzura y paciencia, no sacando nada a la luz, sino enterrándolo en la oscuridad más inescrutable del mal a causa de sí mismo, del amor inmutable. No vemos otra cosa que amor allí donde es real. Las circunstancias son tan solo una ocasión para que actúe y se revele. El amor nunca deja de ser: se ejercita y se exhibe. Es lo que llena la mente; todo lo demás no es sino un medio de despertar el alma que convive con él para que lo ejercite. Este es el carácter divino. No hay duda de que el tiempo del juicio vendrá, pero nuestras relaciones con Dios son por la gracia. El amor es Su naturaleza. Ahora es el tiempo de ejercitarlo. Somos Sus representantes en la tierra con el testimonio que damos.

En lo que se ha dicho del amor en este capítulo encontramos la reproducción de la naturaleza divina, salvo lo que se dice sobre la parte negativa del egoísmo de la carne. La naturaleza divina no cambia y nunca deja de ser; el amor permanece siempre. Las comunicaciones son de Dios, el medio por el cual nos llegan. El conocimiento adquirido aquí, por el que conocemos la verdad —solo en parte, aunque nos haya sido revelada toda— nos permite saberla detalladamente, de modo que nunca se nos da a conocer de golpe, formando las diferentes verdades, una detrás de otra, el carácter del conocimiento que adquirimos; todo lo que es característico de la parte acaba pasando; el amor, nunca pasará. Un niño podrá aprender y ser muy feliz con las cosas que le divierten, pero cuando se haga hombre necesitará cosas que vayan a la par con su inteligencia. Lo mismo sucedió con las lenguas y la edificación de la asamblea. Llegaba, no obstante, el momento en que habían de saber cómo fueron conocidos, no por las comunicaciones de las verdades a capacidades que las conocen en sus diversas partes, sino por el entendimiento que tenían de su conjunto y unidad.

El amor subsiste; están la fe y también la esperanza. Pero no solo estas pasarán, sino que incluso ahora, lo que es de una naturaleza divina, es más excelente que lo relacionado con la capacidad humana, aun estando iluminada por Dios y tener como objeto la revelación de su gloria.

## Capítulo 14

Los creyentes tenían que seguir esto y procurar el amor mientras deseaban también los dones, sobre todo para que pudieran profetizar y edificar la asamblea, que era el objetivo principal. Esto era lo que el amor deseaba y buscaba, lo que la inteligencia solicitaba de alguien para quien Cristo lo era todo (los dos rasgos de un hombre en Él).

Dos versículos de este capítulo precisan un poco de atención: el tercero y el sexto. El versículo 3 arroja el resultado, no una definición... o mejor dicho, la calidad de aquello que dice un profeta. El profeta edifica, da ánimos y consuela cuando habla. Sin embargo, estas palabras reflejan el carácter de lo que el profeta decía. La profecía no es en absoluto la revelación de acontecimientos futuros, aunque hubo profetas que sí los revelaron. Un profeta es alguien que tiene tanta comunión con Dios que es capaz de comunicar Su mente. Un maestro instruye según lo que está escrito y explica su significado. Pero cuando la mente divina se comunicaba a las almas bajo la gracia, el profeta transmitía ánimos y las edificaba. En lo referente al versículo 6, está claro que cuando alguien se presentaba con el don de lenguas —cuyo uso los corintios gustaban de reflejar, igual que niños, en la asamblea— no podían entenderle. Es posible que ni él mismo se entendiera, dado que era el instrumento ininteligible del Espíritu, a pesar de que tuviera la honda convicción de que Dios hablaba por estos medios, de manera que sentía que estaba en comunicación con él pese a su nula comprensión. En semejantes casos nadie podía hablar para la edificación de la asamblea, a menos que comunicara la mente divina.

En una comunicación así el apóstol distingue dos clases: revelación y ciencia. La última asume que hay una revelación dada, de la que se valían a través del Espíritu Santo personas para el bien de la grey. Después indica cuáles son los dones que formaban, respectivamente, el medio de edificar bajo estas dos formas. No es que los dos últimos términos (v 6) sean equivalentes de los dos anteriores, sino que las cosas de las que se dice que edificaban la iglesia se cumplían con estos dos dones. Podía haber profecía sin que fuera, por supuesto, una nueva revelación, aunque hubiese en ella más revelación que ciencia; podía, de hecho, contener una aplicación de los pensamientos divinos, un mensaje de parte de Dios al alma y a la conciencia, lo que podía significar algo más que ciencia, pero no una revelación nueva. Dios actúa en la profecía sin revelar ninguna verdad ni hechos nuevos. La doctrina o la ciencia enseñan verdades y explican la Palabra, algo de mucha utilidad para la asamblea, pero en ellas no hay la manifestación directa de la presencia de Dios a la conciencia y al corazón. Cuando alguien enseña, el que es espiritual obtiene provecho; cuando se profetiza, quien no es espiritual puede llegar a obtenerlo, ser alcanzado y juzgado, y lo mismo ocurre con la conciencia del cristiano. La revelación o la ciencia forman una división perfecta que lo engloba todo. La profecía y la doctrina guardan una estrecha relación con ambas, pero la primera abarca también otras ideas, de manera que esta división no se corresponde exactamente con los dos primeros términos.

El apóstol insiste todo el tiempo en la necesidad de hacerse entender, ya sea que uno hable, cante o diga una oración. Él desea —y la reiteración cobra tanta más importancia cuando se juzgan las pretensiones del hombre sobre el Espíritu— que el entendimiento sea lo que más se ejercite. No niega que alguien pudiera hablar en lenguas sin tener un conocimiento previo de lo que decía, un poder que resultaba obvio y muy útil cuando estaban presentes personas que no entendían otro idioma o cuya lengua materna podían oír en lenguas extranjeras, pero esto generalmente tenía una menor importancia, dado que el Espíritu no actuaba en estos casos para hacerse entender a través del orador. La comunión entre las almas sobre un asunto en común, por la unidad del Espíritu, no existía cuando quien hablaba no entendía lo que él mismo decía.

La persona que transmitía el mensaje no se gozaba ni recibía nada de Dios con lo que comunicaba a los demás, y si tampoco ellos la entendían, expresar palabras sin sentido a los oyentes era cosa de coser y cantar. El apóstol deseaba entenderse en lo que decía aunque hablase muchas lenguas; eso no era mostrarse celoso, pues hablaba más lenguas extranjeras que todos con el don del Espíritu Santo. No obstante, su alma amaba las cosas divinas, quería recibir de Dios la verdad de forma inteligible, sostener una comunión clara con el resto, y hubiera preferido decir cinco palabras con claridad que diez mil en una lengua desconocida y cuyo significado no comprendía.

Qué maravilloso poder y manifestación de la presencia de Dios, dignos de la más profunda admiración. Y qué superioridad también a la vanidad de la carne, al esmero que reflejaba el individuo en el empleo de estos dones, y qué efecto moral del Espíritu divino, cuando el amor no veía en estas poderosas manifestaciones otra cosa que los instrumentos utilizados para el bien de la asamblea y las almas. Era el poder práctico de este amor lo que el apóstol recomendaba —como superior a los dones— a los fieles, exhortándolos a que lo practicasen. Eran el amor y la sabiduría de Dios los que guiaban el ejercicio de Su poder para el bien de aquellos a quienes Él amaba. ¡Qué posición para un hombre! ¡Y qué sencillez otorga la gracia divina a alguien que olvida el yo y busca la humildad y el amor, junto al poder que deriva de ella! El apóstol confirma su argumento por el resultado que produciría en los extraños que acudieran a la asamblea, o en los cristianos con menos luz, si oían las lenguas que nadie entendía: pensarían que sus emisores estaban trastocados. La profecía, en cambio, al tocarles la conciencia los haría estar seguros de que Dios estaba presente en la asamblea.

Los dones abundaban en Corinto. Después de dar unas normas sobre cuestiones morales, el apóstol establece otras que revelarían el ejercicio de estos dones. Cada uno solía acudir con alguna manifestación del poder del Espíritu Santo, al que tenían en más estima que una conformidad a Cristo. El apóstol reconoce, sin embargo, el poder del Espíritu de Dios en dichas manifestaciones y provee unas pautas para poder ejercitarlas. Dos o tres podrían hablar en lenguas siempre que hubiese intérprete y la asamblea saliera edificada. Una cosa después de la otra, pues parece ser que hablaban varios a la vez. Lo mismo respecto a los profetas: dos o tres podrían hablar, y los otros juzgarían si lo que decían venía realmente de Dios. Si en verdad él se lo concedía, todos podrían profetizar, pero uno después del otro, para que todos aprendieran —una dependencia siempre buena para los profetas más dotados— y recibieran consuelo. Los espíritus de los profetas (es decir, la pulsión del poder en el ejercicio de los dones) estaban sujetos a la guía de la inteligencia moral que el Espíritu marcaba en ellos. Eran hábiles en el uso de los dones cuando ejercitaban este poder maravilloso de parte de Dios. No se trataba del furor divino que los paganos solían achacar a una diabólica inspiración y al hecho de que los profetas eran transportados por el éxtasis cada vez que utilizaban este tipo de dones; pero Dios no era autor de confusión en la asamblea, sino de paz. En una palabra, este poder fue encomendado al hombre en su responsabilidad moral como un principio importante e inalterable de los caminos divinos. Dios salvó al hombre por gracia cuando este fracasó en su responsabilidad, pero todo lo que le ha encomendado, por diversa que sea la energía divina del don, tiene el deber de emplearlo para Su gloria y, por consiguiente, para el bien de los demás y especialmente de la asamblea.

Las mujeres tenían que estar en silencio en la iglesia; no se les permitía hablar. Habían de guardar obediencia y no liderar. La ley también empleaba el mismo tono. Sería un deshonor oírlas hablar en público. Si tenían preguntas, podían hacérselas en casa a sus maridos.

La Palabra no salió del seno de los corintios a pesar de sus muchos dones, ni había llegado solo a ellos. Tenían que someterse al orden universal del Espíritu en la asamblea. Si pretendían ser conducidos por él debían reconocer —y esto iba a ser una prueba— que las cosas que el apóstol les escribía eran mandamientos del Señor: una afirmación importante y una posición bastante atinada de este magnífico siervo de Dios.

¡Qué mezcla de ternura, paciencia y autoridad! El apóstol desea que todos los fieles vengan a la verdad y al orden, guiados por sus propios afectos, sin que dudasen de si había de echar

mano de una autoridad inapelable que proviniera directamente de Dios (justificada, si el apóstol se veía obligado a utilizarla por motivos ajenos a él). Si alguien quería ignorar que escribía por el Espíritu y con autoridad divina, era en realidad un ignorante que estaba en la inopia. Las personas sencillas y espirituales se librarían de tales pretensiones. Aquellos que estuvieran llenos del Espíritu aceptarían que lo que escribía el apóstol venía directamente de Dios, como expresión de su sabiduría. Ocurre a menudo que cuando hay un reconocimiento de la sabiduría divina, e incluso de la humana (donde sea que esté), nunca existe la habilidad de descubrirlas ni tampoco, si se percibían en parte, el poder que con autoridad era capaz de exponerlas. Mientras, el hombre pretencioso, reducido a este lugar de ignorancia, encuentra en él lo que le conviene y necesita.

Observamos, de igual modo, la importancia de esta afirmación del apóstol en relación con la inspiración de las Escrituras. Lo que él enseñaba de los detalles del orden de la asamblea, ellos habían de mirar que realmente proviniera de Dios, lo que él llamaba mandamientos del Señor. En cuanto a la doctrina tenemos, al final de la Epístola a los Romanos, la misma declaración: que fue por medio de los escritos proféticos que el evangelio se propagó entre las naciones.

El apóstol resume sus enseñanzas diciéndoles que procuren el don de la profecía, sin que olviden hablar en lenguas, pero haciéndolo todo con orden y decencia.

## Capítulo 15

Otros males hallaron la manera de introducirse entre los brillantes dones que se ejercían en el seno del rebaño corintio. La resurrección de los muertos era negada. Satanás es astuto en su proceder. Por lo visto, era solamente el cuerpo lo que se cuestionaba; sin embargo, peligraba todo el evangelio, dado que si los muertos no resucitan, luego Cristo no ha resucitado. Y si no resucitó, los pecados de los fieles no fueron quitados y el evangelio no era verdad. En vista de ello, el apóstol reserva este asunto para el final de la epístola, y llevará a cabo una profunda indagación.

En primer lugar, les recuerda lo que predicó en medio de ellos en cuanto al evangelio: que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras y que resucitó por lo que estas decían. Este era, pues, su medio de salvación si continuaban en el evangelio, a menos que hubieran creído en balde. Presenta aquí una base muy sólida para su argumento. Su salvación —a menos que todo lo que habían creído hasta ese momento lo consideraran una fábula hueca— dependía del hecho de la resurrección, con la que estaba relacionada, pero si los muertos no resucitan Cristo no resucitó, porque también quedó muerto. El apóstol comienza a establecer este hecho valiéndose de los testigos más veraces y concluyentes, incluido el suyo, desde que había visto al Señor. Quinientas personas también vieron al Señor cuando resucitó, y muchos de los que podían testificarlo seguían vivos.

Veremos, de paso, que el apóstol no habla de nada que no produzca en su corazón un efecto moral, ya que toma en cuenta a Dios. Así, en los versículos 8 al 10 evoca el estado de cosas respecto a sí mismo y los otros apóstoles, aquello que la gracia había hecho con ellos, y después de desahogarse vuelve a tocar este punto. El testimonio de cada testigo divino era el mismo, todos declaraban que Cristo había resucitado, y este hecho dependía de que estaba vivo. Su punto de partida. Si lo que se predicó entre vosotros, dice Pablo, es que resucitó de los muertos, ¿cómo es que ahora decís algunos que no hay resurrección de los muertos? Si no hay ninguna resurrección, él no ha resucitado, y si no ha resucitado es vana la predicación de sus testigos y la fe de los cristianos. Pero esto no termina aquí, puesto que sus testimonios son falsos si declaran que Dios resucitó a Cristo de los muertos pero resulta que no fue así, que en realidad los muertos no resucitan, por lo que en este caso su fe era vana, todavía estaban en sus pecados y los que durmieron en él habían perecido para siempre. Si en esta vida los creyentes solo tienen puesta su esperanza en Cristo, son los más miserables de todos los hombres; no hacen sino sufrir como el resto del mundo. Pero sin embargo es todo lo contrario, porque él ha resucitado.



No se trata exclusivamente de una doctrina general sobre la resurrección de los muertos, sino del favor y del poder de Dios para traer de vuelta<sup>16</sup> al que descendió a la muerte para cumplir y obrar la liberación del hombre del poder de Satanás, y sellar públicamente la obra redentora y exhibir, a las claras, la victoria sobre el poder del enemigo. De esta manera resucitó Cristo de entre todos los demás muertos —pues la muerte no podía retenerle—, y estableció el principio glorioso de esta liberación divina y completa. Él llegó a ser las primicias de los que ya dormían, de aquellos que tienen Su vida y esperan que el ejercicio de Su poder los despierte, en virtud del Espíritu que habita en ellos.

Esto confiere un carácter evidentemente peculiar a la resurrección. No es solo que los muertos resucitan, sino que Dios, por medio de su poder, trae de vuelta a ciertas personas de entre los muertos como consecuencia de su favor hacia ellas, en relación con la vida y el Espíritu que poseen. Cristo ocupa un lugar bastante peculiar. La vida estaba en él, y él es nuestra vida. Ganó esta victoria que nosotros gozamos ahora, y constituye por derecho las primicias dada su gloria. Si no hubiera obtenido la victoria, habríamos permanecido siempre encarcelados. Había poder en él para retomar la vida, pero el principio fundamental no es únicamente la resurrección de los muertos, sino que aquellos que están vivos según Dios resucitan como los objetos de su favor y por el ejercicio de ese poder que quiere tenerlos consigo: Cristo, las primicias; los que son de Cristo, a su venida. Estamos asociados con él en la resurrección, y como él nos levantamos, no solo de la muerte, sino de entre los muertos. Fijémonos que él y su pueblo están inseparablemente unidos. Si ellos no resucitan, él tampoco: ha estado tan muerto como nosotros lo estábamos. Pero por gracia asumió nuestro lugar bajando a la muerte, siendo tan hombre —excepto sin pecado— como nosotros, y esto es tan cierto que si negáis este resultado estáis negando el hecho en cuanto a él, y desaparecen el objeto y el fundamento de nuestra fe. La identificación de Cristo con los hombres, en lo que se refiere a poder llegar a comprender la relación que tienen con él, está llena de poder y bendición. Si los muertos no resucitan, él tampoco; está tan muerto como nosotros.

Era necesario que la victoria la llevara a cabo un hombre. No dudamos de que el poder de Dios pueda traer de vuelta a los hombres de la tumba. Él así lo hará actuando en la Persona de su Hijo, a quien ha dado todo juicio. Sin embargo, no será una victoria obtenida por la naturaleza humana sobre la muerte, que mantenía cautivos a los hombres. Cristo deseaba ser entregado a fin de obtener por nosotros, como humano, la victoria sobre ella y sobre el que tenía su poder. Por el hombre entró la muerte; por un Hombre, la resurrección. ¡Gloriosa victoria! ¡Triunfo completo! Salimos del estado en que el pecado y sus resultados nos tenían postrados y ahora el mal no puede entrar en el sitio donde somos manifestados. Hemos dejado atrás para siempre la línea fronteriza. El pecado y el poder enemigo permanecen fuera de la nueva creación, y nunca más van a poner en un compromiso la responsabilidad humana. Esta creación es además fruto del poder divino después de que entrara el mal. Es Dios quien la sostiene en la relación consigo mismo, y depende de él.

Hay dos principios fundamentales que establecer: el principio humano produce la muerte; el del otro Hombre, la resurrección de los muertos. Adán y Cristo son las cabezas de dos familias distintas. En Adán todos están muertos; en Cristo, vivificados. Pero aquí tenemos un desarrollo sumamente importante relacionado con la posición de Cristo y los consejos divinos. Un aspecto de esta verdad es la dependencia que tiene la familia, por así decir, de su cabeza. Adán introdujo la muerte entre sus descendientes, entre aquellos que guardan una relación con él. Este es el principio característico de la historia del primer Adán. Cristo, en quien está la vida, la presenta a aquellos que son suyos y se la comunica. Este principio tipifica al segundo Adán y a los que son

---

<sup>16</sup> Cristo dijo: «Destruid este templo y en tres días lo levantaré», porque Aquel que habita en el templo es Dios. También se dice que él fue resucitado por el Espíritu y al mismo tiempo por la gloria del Padre. Pero aquí se le contempla como el Hombre que ha sufrido la muerte. Dios interviene para que no permanezca en ella, pues el objeto no es exhibir la gloria de la Persona del Señor, sino demostrar nuestra resurrección, dado que él, como Hombre que ha muerto, también ha resucitado. La muerte vino por el hombre; por un Hombre, la resurrección. Al demostrar que era el Señor del cielo, el apóstol habla de Él como el Cristo humano.

suyos. Se trata de la vida en el poder de la resurrección, sin la cual no hubiera sido posible comunicársela. El grano de trigo hubiera seguido siendo como era, perfecto, pero habría quedado como estaba, solo. Él murió por nuestros pecados y ahora nos comunica la vida a todos los que nos ha perdonado.

En la resurrección hay establecido un orden paralelo a la sabiduría de Dios para cumplir sus consejos: Cristo, las primicias; los que son de él, a su venida. Así pues, los que son suyos quedan vivificados según el poder de la vida que él alberga: es la resurrección de vida. Este no es todo el sentido que adquiere la resurrección de Cristo, tras obtener la victoria sobre la muerte por el espíritu de santidad. El Padre le ha dado poder sobre toda carne para que diera vida eterna a tantos como él gustase llamar. Son aquellos sobre los que básicamente trata este capítulo, dado que su objeto es la resurrección entre los cristianos; y el apóstol, el propio Espíritu, goza de hablar sobre el tema del poder vital y eterno en Cristo, aunque es cierto que no pueden dejar completamente de lado el otro aspecto de la verdad. La resurrección de los muertos, nos dice, ha venido por el hombre. Aquí no nos habla de la comunicación de vida en Cristo. En relación con esta última y más íntima parte de su asunto, no toca la resurrección de los malvados, sino que después de la venida de Cristo llegará el fin, una vez que el reino haya sido entregado al Padre. Con el reino se introduce el poder de Cristo ejercido sobre todas las cosas, un pensamiento completamente distinto de la comunicación de vida a los suyos.

Se suceden tres etapas en todos estos acontecimientos: en primer lugar, está la resurrección de Cristo; luego, la resurrección de los que son suyos a su venida; en tercer lugar llega el fin, cuando haya entregado el reino al Padre. Lo primero y lo segundo son el cumplimiento, en resurrección, del poder de vida en Cristo y en su pueblo. Cuando él venga, tomará el reino y ejercerá su gran poder para actuar como rey. Desde que venga hasta el fin, tenemos el desarrollo de su dominio para someter todas las cosas, durante el cual toda potestad y autoridad serán abolidas. Reinará hasta que tenga a sus enemigos a sus pies. El último enemigo al que someterá será la muerte. Aquí, pues, como efecto de su poder únicamente (no en relación con la comunicación de vida) tenemos que vuelven a vivir aquellos que no son suyos, dado que la destrucción de la muerte hará que resuciten. Pasan en silencio, y la muerte, tal como la conocemos, deja de ejercer dominio en ellos. Cristo tiene el derecho y la potestad, en virtud de su resurrección y glorificación del Padre, de destruir el dominio mortal que los apresaba y levantarlos otra vez. Esta será la resurrección de juicio. Sus resultados se explicarán en otra parte.

Cuando haya puesto todos sus enemigos a sus pies y haya entregado el reino al Padre — nunca es tomado de él ni dado a nadie más, como sucede con los reinos humanos—, el propio Hijo se sujetará al que ha puesto todas las cosas bajo él, para que Dios pueda ser todo en todos. El lector observará que son los consejos divinos, con respecto al gobierno de todo, lo que aquí estamos presentando, no su naturaleza; y además es del Hijo, como hombre, que se dicen estas cosas. No es ninguna explicación arbitraria: el pasaje se toma del Salmo 8, cuyo tema es la exaltación del Hombre como Cabeza de todas las cosas, que Dios le pone a sus pies. No se hace excepción de nada, dice el apóstol en He 2:8, salvo que Él sea necesariamente la excepción que pone bajo Su dominio todas las cosas. Cuando el Cristo humano e Hijo divino haya aceptado este acatamiento, entregará a Dios el poder universal que le había sido confiado y el reino mediador que poseyó como hombre terminará. Nuevamente estará sujeto como lo estuvo antes sobre la tierra. No cesará de ser uno con el Padre, como lo fue cuando vivió en humildad, diciendo: «antes que Abraham naciese, yo soy». El gobierno mediatorial de los hombres desaparece y es absorbido por la supremacía divina, a la que nadie pone ninguna objeción. Cristo toma su lugar eterno como hombre y cabeza de toda la familia redimida, siendo, al mismo tiempo, el Dios bendito y eterno, uno con el Padre. En el Salmo 2 vemos al Hijo nacido en la tierra, un Rey rechazado en Sion tras presentarse en el escenario terrenal; y en el Salmo 8, el resultado de su rechazo, pero llevado como Hijo del Hombre a la posición exaltada de todo lo que ha creado la mano de Dios. Luego le vemos delegando la autoridad que se le confirió y retomando su habitual posición humana, la posición de sujeción al que le sometió todas las cosas. Pese a ello, no cambia

nunca su naturaleza divina ni tampoco la humana, salvo que aquí se produce un cambio de humillación a uno de gloria. Ahora Dios es todo en todos, y el gobierno especial del hombre en la Persona de Jesús —un gobierno con el que está asociado la asamblea (cf. una cita del mismo salmo en Ef 1:20-23)— queda fusionado con la supremacía inmutable y divina, la relación normal y final de Dios con su criatura. Cuando hablemos de este mismo periodo, veremos la omisión que se hace del Cordero en Apocalipsis 21:1-8.

Tenemos en este pasaje la resurrección por medio del Hombre tras haber entrado la muerte por un hombre; la relación de los santos con Jesús, la fuente y poder de la vida, siendo Su resurrección el resultado y la de ellos a Su venida; el poder sobre todas las cosas confiado a Cristo, el Resucitado; después, el reino entregado al Padre, el tabernáculo de Dios con los hombres y con el Cristo humano, el segundo Adán, como hombre eterno y sujeto al Supremo, una verdad de valor infinito para nosotros (la resurrección de los muertos, que se supone tiene lugar en la resurrección iniciada por Cristo, no es su objeto). El lector debe observar que este pasaje es una revelación en la que el Espíritu divino, tras haber llevado los pensamientos del apóstol a fijarse en Jesús y la resurrección, emerge en la línea de sus argumentos con el impulso que el pensamiento cristiano produce siempre en la mente y corazón de Pablo, anunciando los caminos divinos en Cristo respecto a la resurrección y a la relación de los que son suyos en esta resurrección, al gobierno y dominio que le pertenecen como resucitado, y a la naturaleza eterna de Su relación, como Hombre, con Dios.

Después de comunicar estos pensamientos, que fueron revelados al apóstol, este retoma el hilo de su argumento en el versículo 29. Esta parte termina con el versículo 34, tras el cual se trata la cuestión que ellos presentaban como difícil de contestar: ¿de qué manera resucitarían los muertos?

Si tomamos los versículos 20 al 28 como un paréntesis —que contiene una revelación tan importante en un pasaje que es completo en sí mismo—, los versículos 29 al 34 se hacen más inteligibles y algunas expresiones que han traído de cabeza a más de un intérprete adquieren cierto sentido. El apóstol había dicho en el versículo 16: «Si los muertos no resucitan...»; luego si así era, aquellos que durmieron en Jesús perecieron y los vivos eran los más dignos de conmiseración de todos los hombres. En el versículo 29 toca otra vez estos puntos, y habla de quienes se bautizan por los muertos basándose en la afirmación de que si no había resurrección, los que durmieron en Cristo estaban simplemente muertos: «Si —repite haciendo énfasis en la expresión del versículo 16— los muertos no resucitan en absoluto (y pasa a hablar de cuál era su situación personal, cuando su vida peligró en más de una ocasión al luchar con fieras salvajes y se enfrentaba a la muerte a diario), somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres». Bautizarse entonces por los muertos, era convertirse en un cristiano con la mirada puesta en los que durmieron en Cristo, ser especialmente inmolados por él y tomar partido por ellos y, efectivamente, por el Cristo muerto: es el mismo significado del bautismo (Ro 6). ¡Qué sinsentido si no resucitaran! Como en 1Tesalonicenses 4, el asunto es considerado del mismo modo cuando sirve para referirse a todos los cristianos. La palabra traducida *por* se usa con frecuencia en estas epístolas para denotar *en vista de, con referencia a*.

Hemos visto que los versículos 20 al 28 forman un paréntesis. El versículo 29 está relacionado con el 18. Los versículos 30 al 32 se remontan al 19. La explicación histórica de estos últimos versículos la hallamos en la segunda epístola (cf cp 1:8,9; 4:8-12). No creo que el versículo 32 haya de tomarse al pie de la letra. La traducción «he luchado con bestias» se utiliza normalmente en un sentido figurado, y denota el conflicto con enemigos fieros e implacables. Como resultado de la violencia de los efesios, el apóstol casi perdió la vida y también toda esperanza de salvarla. Pero Dios le había librado. ¿Y de qué servirían estos sufrimientos si los muertos no resucitaran? Observemos que, aunque la resurrección demuestra que la muerte no afecta al alma (cf Lc 20:38), sin embargo el apóstol no piensa que la inmortalidad<sup>17</sup> esté dissociada

---

<sup>17</sup> La mortalidad en el Nuevo Testamento no se aplica sino al cuerpo, y de manera insistente, en los pasajes exclusivos de «esto mortal» y otros semejantes. La existencia del alma separada del cuerpo se demuestra de forma

de la resurrección. Dios relaciona ambas con el hombre, quien se compone de cuerpo y alma, y este dará cuenta en el juicio de las cosas hechas en el cuerpo. Es cuando resucite de los muertos que presentará estas cuentas. La unión íntima entre las dos, tan diferentes entre sí, forma la fuente de la vida (da nombre a los puestos de responsabilidad humanos), el medio del gobierno de Dios hacia sus criaturas y la esfera en la que se manifiestan sus tratos. La muerte disuelve esta unión, y aunque el alma sobreviva, feliz o desdichada, la existencia completa del hombre es interrumpida, el juicio divino queda sin aplicar y el creyente sigue todavía sin ser cubierto por la gloria. Visto esto, negar la resurrección era negar la verdadera relación entre Dios y el hombre y hacer de la muerte su fin, destrozando la esencia en la que Él le contempla y propiciando que perezca igual que una bestia. Comparad el argumento del Señor en ese pasaje de Lucas del que he citado un versículo.

La negación de la resurrección tenía como propósito dar rienda suelta a los sentidos. Satanás introdujo esta negación en el corazón de los cristianos a través de las comunicaciones que ellos mantenían con personas con las que el Espíritu de Cristo no hubiera tenido nunca comunión.

Necesitaban ejercitar su conciencia, despertarla, para que la justicia pudiera hacerse un lugar. De no ser así, nacerían las herejías. Para vergüenza de los cristianos, habían fracasado en el conocimiento de Dios. Que él nos conceda prestarle mucha más atención, pues es también un asunto importante en cuestiones de doctrina.

Siguiendo con esto, el espíritu inquisitivo del hombre quedaría antes satisfecho con conocer el aspecto físico de la resurrección, pero el apóstol no dio a nadie esta satisfacción, sino que reprendió la locura insensata de quienes a diario tenían ocasión de buscar analogías en la Creación. Fruto del poder de Dios, el cuerpo resucitado sería, según la buena disposición de quien lo hizo apto para la morada gloriosa del alma, honroso, y al haber pasado por la muerte asumiría aquella condición gloriosa que Dios le había preparado, un cuerpo nuevo que la criatura iba a poseer, según la voluntad suprema del que vestía a la criatura. Había distintas clases de cuerpos: como el trigo no era el grano desnudo que se había sembrado, sino una planta de su misma naturaleza, lo mismo sucedería con el hombre resucitado. Diferentes eran también las glorias de los cuerpos terrenales y celestiales: las estrellas se diferenciaban por su gloria. Yo no creo que este pasaje se refiera a diferentes grados de gloria en el cielo, sino al hecho de que Dios distribuye la gloria como le place. La gloria celestial y la terrenal son, no obstante, contrastadas, puesto que habrá una gloria terrenal.

No se trata simplemente de exponer el hecho de la resurrección en este pasaje, sino su carácter. Para los santos será una resurrección a la gloria celestial. Su porción serán unos cuerpos incorruptibles, gloriosos, unos vasos de poder espirituales. Este cuerpo, que se siembra como el grano de trigo para corrupción, será vestido de gloria e incorrupción<sup>18</sup>. Es acerca de los santos que se habla aquí: «tales también los celestiales»; y en relación con Cristo, el segundo Adán. El apóstol dijo que el primer cuerpo era natural, su vida la del alma viviente. En cuanto al cuerpo, participaba de esta clase de vida que poseían los otros animales, pero su superioridad se debía a la relación con Dios y a que él soplara el espíritu de vida en su nariz, de modo que el hombre tenía un vínculo especial con él y con la especie, como expresó el apóstol en Atenas. «[...] Adán, hijo de Dios», dice el Espíritu Santo en Lucas, hecho a su semejanza. La conducta que debería haber mostrado hubiera tenido que responder de una forma coherente, pero la revelación divina sirvió para emplazarlo moralmente en una posición que estuviera en consonancia con este aliento de vida que recibió. Se convirtió en un alma viviente, libre de la

---

evidente en las Escrituras, y no muere con aquel, sino solo para el cristiano —para el que es obvio que estamos en Cristo—, sino para todos, como en Lc 20:38; 12:4,5 y el final del capítulo 16.

<sup>18</sup> Una impresionante prueba colateral de lo completa que es nuestra redención, y de la imposibilidad de que vengamos a juicio, es el hecho de que resucitaremos en gloria. Seremos glorificados antes de llegar al tribunal de Cristo. Para entonces, él habrá cambiado nuestro vil cuerpo y lo habrá transformado a semejanza del suyo, que es glorioso.

muerte por el poder divino que le sostenía, o mortal, por la sentencia del que le formó. No existía el poder vivificador en él mismo. El primer Adán era simplemente un hombre.

La palabra de Dios no se expresa así cuando en este pasaje habla de Cristo como el último Adán. Él no podía haberlo sido si antes no era Hombre, y no se dice «el postrer Hombre, espíritu vivificante», sino «el postrer Adán, espíritu vivificante». Cuando habla de él como el segundo Hombre, añade que era del cielo. No solo tenía Cristo vida como alma viviente, sino que también tenía el poder de la vida y podía transmitirlo a los demás. Aunque fue humano en la tierra, tenía vida en sí mismo; en consecuencia, vivificó a quienes él quiso. Como el último Adán, el segundo Hombre, la Palabra habla de él como el Cristo. No se debe solamente a que Dios da vida a quien quiere, sino a que el último Adán, la Cabeza espiritual de una raza nueva, tiene el poder en sí mismo. Por tanto, dice —pues el Jesús terrenal es el foco de toda cuestión— «le ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo». De nosotros afirma: «Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida». Sin embargo, aquello que es del Espíritu no es lo que era primero, sino lo que es natural, es decir, lo que tiene la vida natural del alma. Lo que es espiritual, lo que tiene su vida del poder del Espíritu, viene después. El primer hombre es de la tierra, toma su origen de ella tras haber soplado Dios en su nariz un espíritu o aliento vital. Está hecho del polvo, como se dijo: «pues polvo eres, y al polvo volverás». El último Adán, aun siendo un hombre real como el primero, es del cielo.

Como pertenecemos al primer Adán, heredamos su condición y somos como él. Participantes de la vida del segundo Adán, tenemos parte en la gloria que Él posee como Hombre, somos como Él y existimos según Su modo de ser, y Su vida es la nuestra. Ahora bien, tenemos aquí la consecuencia lógica de que como hemos llevado la imagen del terrenal, llevaremos la del celestial. Al primer y último Adán se los contempla aquí en los correspondientes estados que obtuvieron tras haber terminado sus respectivas pruebas de responsabilidad, y aquellos que están en relación con el uno y el otro heredan el estado y los resultados de la obra de cada cual, por la que fueron consiguientemente probados. Es el Adán caído quien es el padre de una raza surgida semejante a él, caída y culpable, pecadora y mortal. Adán fracasó y cometió pecado, perdió su posición delante de Dios y se alejó de él tras convertirse en el padre de la raza humana. Si el grano de trigo que cae al suelo no muere, no lleva ningún fruto; si muere, produce mucho. Cristo había glorificado a Dios, hizo expiación por el pecado y fue resucitado en justicia; venció a la muerte y destruyó el poder de Satanás antes de convertirse en un Espíritu vivificante, la Cabeza de una raza espiritual, que unida a ella recibe la comunicación de todos los privilegios propios de la posición que Cristo ha adquirido ante Dios por el poder de esta vivificación<sup>19</sup>. Resucitados y glorificados, llevaremos su imagen igual que ahora llevamos la del Adán caído.

La carne y la sangre, y no meramente el pecado, jamás entrarán en el reino de los cielos. La corrupción —pues esto es lo que somos— no puede heredar lo que es incorruptible. Esto lleva al apóstol a revelar por fin aquello que sucederá con respecto al gozo, por parte de los santos, de esta incorruptibilidad. La muerte está conquistada, no es necesario que sobrevenga a todos, y todavía menos que todos hayan de experimentar su corrupción, pero es imposible que la carne y la sangre hereden el reino de gloria. No todos dormiremos; habrá algunos que serán transformados sin tener que morir. Los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros (pues estando cumplida la redención, y Cristo preparado para juzgar a vivos y muertos —siendo que el apóstol lo contempla como algo inmediato que puede suceder en cualquier instante—), seremos cambiados pasando por una transformación equivalente a la resurrección. Lo corruptible, si no ya en el polvo y en la corrupción, se vestirá de incorruptibilidad; lo mortal, de inmortalidad. Vemos que esto hace referencia al cuerpo, y es en el cuerpo que el hombre es

---

<sup>19</sup> No es que como Hijo de Dios no pudiera vivificar en todo momento, como realmente hacía, pero a fin de poder participar con él, todo esto era necesario y había de tener su cumplimiento. Aquí lo contemplamos resucitado de los muertos, el Hombre celestial. Así pues, todo queda fundamentado en la justicia divina.

mortal, aunque tenga la vida eterna, pero vivirá por Cristo y junto a él. El poder de Dios constituirá a los santos, ya sea que estén vivos o muertos, en herederos de la gloria.

Fijémonos bien en lo que acabamos de decir. La muerte está completamente vencida (anulado su poder) para el cristiano, el cual posee la vida del Cristo resucitado que le sitúa en una posición elevada, no tal vez físicamente, pero sí en el plano moral. La muerte ha perdido toda su fuerza en el alma del creyente, como fruto del pecado y el juicio. Está tan vencida que habrá algunos que no morirán en absoluto. Todos los cristianos tienen a Cristo como su vida propia. Si él se ausenta y no regresa —como ocurre mientras permanezca sentado en el trono del Padre y nuestra vida esté escondida con él en Dios—, sufriremos la muerte física según la sentencia divina; es decir, que el alma será separada del cuerpo mortal. Cuando él regrese y ejecute su poder, tras levantarse del trono paterno para tomar a su pueblo, antes de que comiencen los juicios, la muerte ya no tendrá más dominio sobre los cristianos, y no pasarán por ella. Que los demás resucitan de los muertos es una prueba de poder totalmente divina, y tanto más gloriosa que aquel poder que hizo surgir al hombre del polvo. Que los vivos son transformados demuestra la perfección de una redención cumplida y un poder vital en Cristo que no ha dejado ninguna huella o traza, en cuanto al juicio de Dios, del poder del enemigo ni de la esclavitud del hombre en los estragos de su pecado. En vez de eso, es un ejercicio del poder divino lo que se manifiesta en esta absoluta liberación, completa y eterna, de la pobre criatura que antes se hallaba bajo este juicio, una liberación revelada de manera perfecta por la gloria de Cristo, pues él se sujetó en gracia, bajo la muerte por el pecado, al estado del hombre, de manera que para la fe es algo veraz y cumplido en su Persona. Sin embargo, la resurrección de los muertos y la transformación de los vivos tendrán un cumplimiento real cuando él venga a por todos los que son suyos. Qué gloriosa liberación efectuada por la resurrección de Cristo, que habiendo eliminado el pecado, glorificado la justicia con el bien y destruido el poder satánico, nos transporta en virtud de una redención eterna, y el poder de una vida que ha invalidado la muerte, a una esfera totalmente nueva, donde el mal no podrá entrar ni tampoco ninguna de sus secuelas, y donde el favor divino brillará sobre nosotros de forma perfecta y eternamente en la gloria. Esto es lo que Cristo ha obtenido por nosotros, según el amor eterno de Dios Padre, que nos lo dio para ser nuestro Salvador.

De un momento a otro entraremos en esa escena ordenada por el Padre y preparada por Jesús. El poder divino llevará a cabo esta transformación en un santiamén: los muertos resucitarán y nosotros seremos transformados. El sonido de la última trompeta no es sino una alusión militar, por lo visto, al momento en que toda la tropa estará esperando la señal para poder partir en masa.

En la cita de Isaías 25:8 tenemos una extraordinaria aplicación de esta escritura. Aquí, solamente el hecho de que la muerte es absorbida en victoria, para lo cual se cita el pasaje. Pero la comparación con Isaías es para mostrarnos que sucederá, no en el tiempo del fin, sino en un periodo cuando, por el establecimiento del reino de Dios en Sion, el velo con el que habrán ocultado los paganos su ignorancia y tinieblas será quitado de ellos. Toda la tierra se iluminará, no digo en aquel instante, pero sí durante ese periodo de tiempo. La seguridad de la destrucción de la muerte nos da aliento, aunque esta siga existiendo. Ha perdido su aguijón, y la tumba su victoria. Todo es transformado por la gracia que, al final, producirá este triunfo. Entretanto, revelándonos el favor de Dios, del que él nos inviste, y el cumplimiento de la redención, ha cambiado totalmente su carácter. Para el creyente que deba pasar por ella es solo el abandono de lo que es mortal; no lleva el terror del juicio divino ni del poder satánico. Cristo entró en ella y la soportó, quitándola definitivamente y para siempre de su vista; y no solo eso, sino que acabó también con su origen. El pecado era lo que aguzaba y llenaba de veneno este aguijón. Era la ley la que, al presentar a la conciencia una justicia sin paliativos y el juicio divino que exigía su cumplimiento —pronunciando la maldición sobre aquellos que fracasaban al cumplirla—, fortalecía el pecado en la conciencia y hacía la muerte doblemente espantosa. Pero Cristo fue hecho pecado y llevó la maldición legal, siendo maldito para los suyos, los que estaban bajo la ley. De esta manera, mientras glorificaba de forma perfecta a Dios respecto al pecado y la ley en

sus más absolutas demandas, nos ha librado de lo uno y de lo otro, así como del poder mortal del que salió victorioso. Todo lo que la muerte puede hacernos es sacarnos de la escena en la que ejerce su dominio para introducirnos donde no tiene ninguno. Dios, el Autor de estos consejos de gracia, en quien radica el poder que los hace cumplir, nos ha dado la liberación por medio de Jesucristo el Señor. En vez de temer la muerte, damos las gracias al que nos ha dado la victoria por medio de Jesús. El resultado principal es estar con Jesús y ser como él, verle como es. Mientras esto no suceda, luchamos en la escena donde la muerte ejerce su poder y Satanás la utiliza, cuando Dios se lo permite, para poner fin a nuestro camino. Luchamos a pesar de las dificultades pero totalmente confiados, pues sabemos cuál será el infalible resultado. La senda podrá estar invadida por el enemigo, pero el fin será el fruto de los consejos y del poder de nuestro Dios ejercidos a nuestro favor, conforme a lo que hemos visto en Jesús, la Cabeza y manifestación de la gloria que los suyos gozarán.

Para resumir lo que ya hemos dicho, vemos dos cosas en Cristo: en primer lugar, el poder sobre todo, incluida la muerte. Él resucita incluso a los malvados; y en segundo lugar, la asociación de los suyos consigo. Con referencia a esto, el apóstol dirige nuestra mirada a la resurrección de Cristo. Él no solo resucita a otros, sino que ha resucitado de los muertos. Es las primicias de los que duermen; pero antes de resucitar, murió por nuestros pecados. Todo lo que nos separaba de Dios es totalmente eliminado: la muerte, la ira divina, el poder satánico y el pecado desaparecen en lo que a nosotros respecta, en virtud de la obra de Cristo; y él es por nuestra causa esta justicia, nuestro pasaporte a la gloria celestial. Nada de lo que correspondía a Su anterior estado humano permanece, excepto el favor eterno de Dios que lo trajo hasta nosotros. Por lo tanto, es una resurrección de entre los muertos efectuada por el poder divino y con motivo de dicho favor, porque él fue las delicias de Dios y en su exaltación cumplió su justicia.

Para nosotros se trata de una resurrección fundada en la redención, que gozamos desde ahora en el poder de una vida que producen en nuestro corazón, iluminado por el Espíritu Santo, el efecto y la fuerza de las dos. De hecho, a la venida de Cristo, se llevará a cabo su cumplimiento para nuestros cuerpos.

En la práctica, la asamblea en Corinto estaba en una condición pobrísima. Dormidos en lo relativo a la justicia, el enemigo buscaba desviarlos también en cuanto a la fe. Sin embargo, como cuerpo conservaban el fundamento, y en lo que respecta a su poder espiritual, en lo externo, brillaba con intensidad.

## Capítulo 16

En su carta, el apóstol ha tratado del desorden que reinaba entre estos creyentes y ha aliviado, en cierta manera, su espíritu con el cumplimiento del deber que tenía hacia ellos. Al fin y al cabo, eran cristianos y una asamblea de Dios. En el último capítulo les habla en este sentido, si bien no podía tomar la decisión de ir a verles aunque se lo hubiera propuesto al dirigirse a Macedonia, y en otra ocasión cuando regresaba de allí. No explica por qué motivo no fue a ellos en ese viaje, y no estaba claro que fuera a quedarse en Corinto cuando llegara de Macedonia; si el Señor lo permitía, haría un alto en el camino. La segunda epístola detalla todo esto. En el actual estado de los corintios, el corazón del apóstol no le permitía ir a visitarlos, pero él los trata con ternura, como cristianos a los que todavía ama, dándoles las indicaciones pertinentes para sus actuales circunstancias. Tenían que hacer una colecta para los santos pobres de Jerusalén, como se había acordado con los apóstoles cuando Pablo se fue de allí como el reconocido predicador de los gentiles. No lo debían hacer precipitadamente, cuando supieran de su visita, sino apartando cada semana según iban prosperando. Él enviaría a personas escogidas por los corintios o que pudieran acompañarle si se dirigía a Jerusalén. Pensó permanecer en Éfeso hasta Pentecostés, donde una gran puerta había sido abierta y muchos adversarios hacían de las suyas. Si estas dos cosas coincidían, ya eran un buen motivo para quedarse. Una puerta abierta es una

motivación divina, una necesidad acaecida dada la actividad de los adversarios, pero una puerta cerrada puede que no obedezca a que los haya. La gente no escucha cuando ve una puerta cerrada, pero Dios tampoco actúa para atraer la atención de nadie. Si él obra, la reincidencia del enemigo es una razón más para no abandonar la obra. Parece ser que Pablo (cp 15:32) había padecido mucho en Éfeso, pero siguió trabajando allí. No podía derramar su corazón ante los corintios sobre este asunto viendo el estado en que se encontraban, pero lo hace en otra epístola, después de que la primera hubiera surtido el efecto deseado. En Hechos 19 se produjo un tumulto causado por la agitación de unos artesanos, tras el cual Pablo abandonó la ciudad. Los versículos 21 y 22 de ese capítulo nos muestran el tiempo en que escribió la carta. El peligro que corría su vida correspondía a una etapa anterior, así que permaneció en Éfeso después de esto, pero cuando el revuelo le cerró la puerta se vio obligado a marcharse.

En Hechos 19:22 envió a Timoteo a Macedonia. En nuestra epístola se da por supuesto que podía llegar hasta Corinto y que sus habitantes tenían que recibirle como si fuera Pablo. El apóstol rogó a Apolo que acudiera. Había sido un motivo de bendición para ellos y pensaba que podía serlo en esta nueva ocasión. No temía que Apolo le hiciera sentirse desplazado en el corazón de los corintios, ya que él compartía el sentir del apóstol y no se inclinaba a reconocer, ni tan solo dar a entender con su presencia, que defendía aquello que le impedía a Pablo asistir, sobre todo porque había en la asamblea corintia quienes deseaban formar un partido con su nombre. Con total libertad, procedería según el juicio con que el Señor le facultaba.

Después de hablar de Apolo, la mente del apóstol vuelve otra vez a sus hijos en la fe, amados para él a pesar de sus faltas. Los versículos 13 y 14 expresan la efusividad de un corazón que olvida estas faltas con el ardiente deseo de una caridad que solo piensa en su bendición espiritual. Tres corintios le fueron de consuelo, cosa que no parece haber sido decisión de la asamblea ni testimonio alguno de su amor, pero aliviaron al apóstol. Él quería que se alegraran por ello. No duda de que le amaban lo bastante para hacer que se sintiera renovado. Su caridad no se había anticipado a este gesto, pero él expresa la convicción de que se regocijaban pensando en que le habían dado este refrigerio. Es muy emotivo ver cómo la caridad de Pablo despierta aquello que la gracia producía en el corazón de los corintios, comunicándoles lo que ellos probablemente no hubieran llegado a saber por otros medios: la caridad activa de tres hermanos de la asamblea y el amor que los unía alrededor de este gozo, si no lo estaban ya con aquello que lo producía. La caridad aviva su llama y se eleva sobre la frialdad, llegando a las profundidades de la vida divina en el corazón, y, una vez comunicada, el alma, que antes estaba apagada, resplandece con el mismo fuego.

Tenemos en este capítulo cuatro canales, por así decir, del ministerio. En primer lugar, el apóstol es enviado directamente por el Señor y el Espíritu Santo. En segundo lugar, están las personas asociadas con él en su obra y actuando por deseo suyo, y —en el caso de Timoteo— tenemos a una persona elegida por profecía. En tercer lugar, a un obrero, completamente independiente y en parte instruido por otros (cf Hch 17:26), pero actuando donde tenía una visión clara conforme al Señor y al don que había recibido; y por último, tenemos a uno entregado al servicio de los santos, como otros que ayudaban al apóstol y también trabajaban. Pablo exhorta a los fieles a que se sometan a estos obreros y a todos los que ayudaban en la obra. Él también quería que reconocieran a quienes consolaron su corazón mostrándole un fiel servicio. Vemos el sencillo e importante principio con el que se desarrollan los mejores afectos, sobre todo el reconocimiento que hacen las personas según la manifestación de la gracia y el poder espiritual en ellas. El hombre cristiano debe someterse a aquellos que se dedican a servir a los santos, admitiendo de forma especial a quienes dan evidencia de la gracia. No son personas elegidas oficialmente y consagradas. La conciencia y el afecto espiritual reconocen a los cristianos en la obra, un principio válido en todas las épocas que no exige, sin más, respeto hacia ellos, sino aquello que es necesario que tengan para poder presentárselo.

La epístola, a pesar de entrar en los detalles de la conducta interna de una asamblea, no habla de ancianos y de ningún oficio formalmente establecido. Es cierto que en general había estos oficios, pero Dios ha provisto en la Palabra para el funcionamiento de una asamblea en



todo tiempo y, como vemos, los principios que nos obligan a reconocer a las personas que sirven en ella con una devoción personal, sin que estén oficialmente ordenadas. La infidelidad general, o la ausencia de estos oficios establecidos, no serán impedimento para que los que obedecen la Palabra la cumplan en todo lo necesario para mantener el orden cristiano. Vemos además que, por mucho desorden que haya, el apóstol reconoce a los miembros de la asamblea como verdaderos cristianos y les desea que se reconozcan mutuamente con el beso del amor, la expresión universal de afecto fraternal. Es tal la situación que pronuncia un solemne anatema a cada uno que no ame al Señor Jesús. Podían existir los tales, pero no los admitía en absoluto. Si alguien no amaba al Señor, los anatematizaba. ¿Daba por buena esta clase de combinación? No quiere creerlo, así que los recibe a todos con los lazos del amor cristiano (v 24).

El último punto es importante. El estado de la asamblea corintia podía hacer surgir la duda sobre el cristianismo de ciertos miembros o personas que se relacionaban con ellos, pese a que no vivían en Corinto. Les lanza su admonición, pero de hecho, en los más graves casos de pecado donde la disciplina de Dios debía ejercerse, o exigirse la del hombre, los culpables son considerados cristianos (cf el cp 10 para la advertencia; el cp 11:32 para la disciplina del Señor; para la del hombre, el cp 5:5 de esta epístola; para el principio, 2Co 2:8). Además, él denuncia con un anatema a aquellos que no aman al Señor Jesús. La disciplina se ejerce para los malvados que se llaman hermanos. Los que se llaman a sí mismos cristianos y no aman realmente al Señor —pues pueden existir—, están sujetos a la más terrible reprobación.

Es interesante ver que después de corregir fielmente cada abuso, aun con el corazón angustiado, el espíritu del apóstol vuelve por gracia a disfrutar de la caridad en su relación con los corintios. El terrible versículo 22 no está fuera de lugar con el amor que dictaminan los otros versículos. Era el mismo espíritu, puesto que Cristo era la fuente exclusiva de esta caridad. Vemos que el apóstol, como testifican otros pasajes, utilizó a otros para que escribieran por él. La Epístola a los Gálatas es una excepción. Él revisaba las epístolas dirigidas a las asambleas y escribía de su propia mano los saludos del final, destacando la importancia que daba a la exactitud del contenido verbal y corroborando el principio de una inspiración rigurosa. Les abre el corazón y se consuela con poder reconocer a todos en el amor.